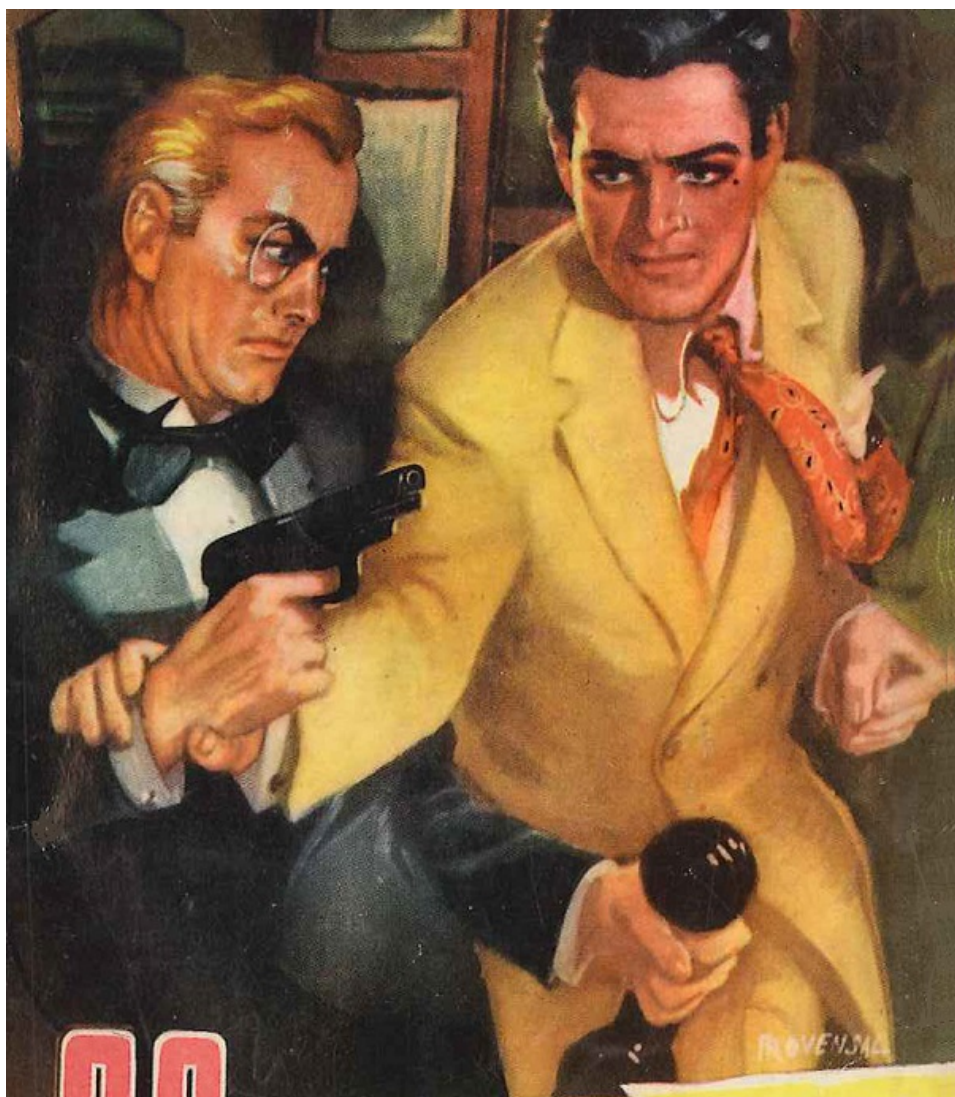




SS

**SERVICIO
SECRETO**

PETER DEBRY

**LA BRIGADA DE
LOS SUICIDAS**

se

1940. Nueva York. Robert Lark, ex boxeador, periodista y prófugo de la justicia acusado injustamente de haber matado a su compañera sentimental y a su presunto amante, es reclutado por la OSS, Oficina de servicios estratégicos, para entrar a formar parte de la Brigada de los suicidas, un grupo de operaciones especiales que se enfrenta a situaciones de extrema gravedad y peligro.

Lark, que es inocente, acepta esta posibilidad —la otra era la silla eléctrica— y el primer caso encomendado le lleva a Lisboa, donde debe investigar la desaparición de otros miembros de la OSS cuando indagaban alrededor de una sospechosa red de ayuda a refugiados holandeses que huían del horror nazi; el hecho de que unos de los implicados en esa red sea Ben Poluski, el posible real culpable de los crímenes de los que se le acusa, supone un estímulo añadido.



Peter Debry

La brigada de los suicidas

Bolsilibros: Servicio Secreto - 01

ePub r1.0

xico_weno 21.01.16

Título original: *La brigada de los suicidas*
Peter Debry, 1950

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





PETER DEBRY

LA BRIGADA DE LOS SUICIDAS

1ª. EDICIÓN
AGOSTO - 1950

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

LA BRIGADA
DE LOS
SUICIDAS

POR PETER DEBRY



PRÓLOGO

La llanura, surcada por copiosa redecilla de canales, era barrida por un agitado viento que hacía girar vertiginosamente las aspas de los molinos.

Una barca plana se deslizaba lentamente por uno de los canales, empujada a remo por un nativo. No era la salpicadura del agua movida por el remo lo que empañaba su rostro, sino lágrimas; lloraba silenciosamente, porque el paisaje pacífico de su terruño natal se veía manchado por la implacable garra de Marte.

Por los senderos, junto a las acequias, secciones de infantería alemana marchaban hacia distintos puntos.

Cantaban el «Lili Marlen», una canción bonita, alegre... El campesino holandés apoyóse con fuerza sobre el remo para virar la embarcación plana donde acostumbraba a transportar harina, jarros de leche y racimos de tulipanes.

Al otro extremo del canal por donde navegaba, acababa de aparecer el penacho de proa de una lancha motora.

Los holandeses sentían más pena que odio para, los que vestían el uniforme verde-gris de infantería. Pensaban con ecuanimidad que eran soldados que cumplían órdenes.

Soldados que antes de empuñar el fusil, eran granjeros, oficinistas, gente normal, sin fanatismos ni rencores.

Pero la aparición del uniforme con franja negra en el colete y en la bocamanga, estremecía de odio a todo pacífico holandés, que hasta entonces sólo estimaba como mito las narraciones de prófugos judíos, polacos y alemanes hostiles al partido del Tercer Reich.

Narraciones en que la palabra «Gestapo» era pronunciada con miedo, mirando en rededor, como si a la invocación pudieran surgir fantasmas y verdugos medievales.

La franja negra era el distintivo de la organización de la «Gestapo». Y la lancha motora, que acercábase cortando el agua

como un afilado cuchillo, contenía cuatro uniformados sujetos, en cuya bocamanga y colete la fatídica tirilla negra, enlutaba el verdegris.

Klaus Verdoem, el remero, amarró su barca a un pivote, y escupió en el agua, volviendo la espalda a la lancha que se aproximaba.

El petardeo se hizo más lento, y, por fin, cesó. La lancha motora se inmovilizó. Uno de sus ocupantes gritó, roncamente:

—¡Papeles! ¡Pronto!

Por la llanura, los soldados de infantería seguían desfilando, indiferentes, cantando sin entusiasmo, porque estaban cansados y querían llegar pronto al lugar donde podrían quitarse las botas, acariciarse los dedos de los pies y hundir los riñones en tibia paja.

Klaus Verdoem hurgó en su chalequillo y extrajo un saquito, cuya boca abrió descorriendo el cordel enlazado a su cuello.

Sacó un papel doblado en cuatro, de usados fillos. Y lo tendió al hombre de la «Gestapo» que leyó los nombres y la firma. Era un documento de identidad expedido por la «Alcaldía y Municipio de Ruysdaëls».

—Ruysdaëls. Klaus Verdoem —dijo el hombre de la «Gestapo».

El que estaba a su lado y que bajo el brazo llevaba una voluminosa libreta, recorrió con el dedo la orejeta donde aparecían por orden alfabético letras mayúsculas.

Detuvo el índice en la letra «V» y abrió la hoja. Leyó varios nombres hasta que se detuvo, pronunciando claramente:

—Verdoem, Klaus. Municipio de Ruysdaëls. Tendió la libreta abierta a su superior, que leyó:

«Klaus Verdoem, concejal y granjero. En reunión coincidente con la proclamación del protectorado de Dantzig adscrito al Tercer Reich, declaró que no era hombre ni era holandés el que no se procurara armas para detener la avalancha nazi. Insultó públicamente, a nuestro Führer, calificándolo de monstruo».

Devolvió la libreta al «Oberlieutnant» Jarel Brumann. Sus ojos

de azul helado, miraron a Klaus Verdoem, a la vez que le decía, imperativamente:

—¡Venga a bordo!

—¿Por qué y para qué? —preguntó el holandés.

Simultáneamente, en las diestras de los otros tres hombres de la «Gestapo» aparecieron sendas automáticas apuntando a Klaus Verdoem.

Jarel Brumann adelantó la zurda, cogiendo el cordel que reunía la bolsa de documentos de Verdoem con su cuello. Era un cordel recio, de bramante de pescador.

Airado, el corpulento Klaus Verdoem perdió el último freno a la contención que se había impuesto desde la entrada de las «Panzern Divisionen» en la tierra de los tulipanes y molinos.

No vio las pistolas, sino los fríos ojos inhumanos de Jarel Brumann. Adelantó las manos, dispuesto a estrangular al poseedor de aquellos ojos.

Los tres balazos penetraron mortalmente en puntos vitales, lateralmente. Dos en la sien, uno en el costado.

Jarel Brumann tiró brutalmente del cordel y el cadáver de Klaus Verdoem cayó de bruces sobre la borda de la lancha motora.

Uno de los que acababa de disparar asió las piernas colgantes, y como un fardo, cayó dentro de la lancha el muerto.

Los soldados seguían desfilando sin apenas una mirada hacia el canal donde la lancha de la «Gestapo» volvía a ponerse en marcha.

El hombre de la libreta enfundó la pistola, y leyó:

«Klaus Verdoem vive en la granja de la esclusa del canal Catorce. Su familia se compone; de Hans Verdoem, su hermano, Inge Miittelstrass, su esposa, Marthe Verdoem, su madre, y Klaus, su hijo».

El que estaba al volante miró interrogante a Jarel Brumann, que ordenó:

—Detenga a cien metros de la esclusa del canal Catorce.

El día era gris y opaco. Las aguas eran turbias y al cesar el viento las aspas de los molinos colgaron como brazos humanos en

gesto de abatimiento desolado.

—¡A tierra! —ordenó Jurel Brumann, señalando el cadáver.

El sentido de la disciplina hizo obedecer a los dos hombres que, cogiendo respectivamente a Klaus Verdoem por los tobillos y los sobacos, lo balancearon unos instantes, hasta lanzarlo fuera del agua.

—¡A la «Komandatur»! —ordenó Jarel Brumann.

La lancha viró, emprendiendo veloz regreso hacia el puesto de mando de las fuerzas de ocupación del territorio de Ruysdaëls.

El hombre de la libreta quedóse meditabundo y decepcionado. El «deber» consistía en exterminar a la familia Verdoem, enemiga del Tercer Reich, uno de cuyos miembros había tenido el satánico atrevimiento de insultar al Führer.

¿Por qué el «Oberlieutnant» Jarel Brumann, uno de los oficiales más capacitados de la «Gestapo» abandonaba el cadáver cerca de la granja de los Verdoem? ¿Por qué no había dado la orden complementaria de exterminar a los cuatro Verdoem que quedaban?

Mientras la lancha seguía camino hacia el puesto de mando, en silencio sus cuatro ocupantes, el hombre de la libreta decidía mentalmente que su «deber» era informar al jefe superior de la «Gestapo».

* * *

Hans Verdoem, enjuto, canoso y de estólido rostro inexpresivo, volvía de ordeñar. Depositó los dos cubos en el suelo y se aproximó al yacente.

Se arrodilló junto al cadáver de su hermano. Le miró con la faz atónita, Colgante el labio inferior, inmóvil.

De pronto, algo sacudió sus hombros y arañó su garganta. Hundió el rostro en el pecho sin latidos, y así permaneció unos minutos.

Era pequeño y nervudo. Su hermano Klaus pesaba el doble que él, y no obstante, Hans Verdoem consiguió levantarlo, y llevarlo abrazado hasta el establo próximo, donde lo depositó sobre la paja. Salió a la puerta, y llamó:

—¡Madre!

La vieja Marthe Verdoem se acercó arrastrando sus zuecos.

Desde la entrada de los alemanes, temía siempre lo peor.

Le bastó mirar el rostro de su hijo Hans, para comprender. Entró en el establo y, sentándose en la paja, empezó, a acariciar la cabeza de Klaus Verdoem.

Y cantaba monótonamente, la misma pueril canción, con la que arrulló el sueño infantil del que ahora cadáver, miraba con odio, fijas las pupilas.

—Madre —dijo Hans Verdoem, temblorosas las manos y regresando del montón de paja bajo el que ocultaba un fusil—. ¿Qué debo hacer?

Marthe Verdoem dejó de cantar. Siguió acariciando la cabeza de Klaus. Miró el fusil que sostenía su segundo hijo.

—No. Tenemos que huir, Hans. Tienes ahora que defender a Inge y al pequeño Klaus. Ellos tienen que vivir y yo soy ya, muy vieja para darles vida. Tú debes cumplir lo que Klaus ordenó. Tienes que tomar por esposa a Inge y el pequeño Klaus será tu hijo.

—¿Huir? ¿Cómo, madre...? ¿Cómo?

—El hijo de los Van Dermott pudo huir. Y su madre ha recibido carta suya. Está en la Guayana, trabaja y es libre.

—Bien, madre. Tú... llamarás a Inge y al pequeño Klaus.

Hans Verdoem volvió a esconder el fusil. Se encaminó a la granja de los Van Dermott.

A modo de saludo, preguntó a la anciana Van Dermott:

—¿Cómo pudo huir Niels, abuela?

—Has de vender la granja, Hans.

—Me darán oro y diamantes por ella. Pero ¿cómo podré irme? Han matado a Klaus, a Klaus, el bueno, mi hermano Klaus.

—Mi hijo Niels habló con Martin, el patrón de la «Lewen». Y ya, no vino a casa. He recibido su carta fechada en la Guayana y es feliz y tiene trabajo y algún día volverá, cuando los hunos sean vencidos y aplastados por la ira de Dios.

Martín, el patrón de la barca de pesca «Lewen», quedó apalabrado para de noche transportar a los cuatro Verdoem hacia alta mar, donde un mercante los llevaría a Lisboa.

—¿Y qué haremos en Lisboa? —preguntó Hans Verdoem.

—Lo mismo que hizo Niels Van Dermott, Hans. No tendrás más que buscar a Cornelius Van Lorn, un americano de familia holandesa. Es un caballero bueno, que vende cosas antiguas; él os

dará pasaje para la Guayana y trabajo.

El nombre de Cornelius Van Lorn fue como símbolo de libertad y paraíso para los Verdoem en ruta hacia Lisboa.

* * *

El comandante jefe de la «Gestapo» en la comarca donde estaba enclavado el municipio de Ruysdaëls, dejó de acariciar al gatito que jugueteaba sobre la mesa de su despacho.

Miró al que acababa de entrar y qué, cuadrado rígidamente ante él, permanecía petrificado.

—Síntese. Jarel Brumann.

—¡A la orden, señor!

—Hace veinticuatro horas fui designado como jefe de nuestra organización en este distrito, que hasta entonces usted mandaba. Tengo excelentes referencias de usted, Jarel Brumann.

—¡Gracias, señor!

Jarel Brumann se sentaba al borde de la silla, y estaba erguido, mirando fijamente a un punto indefinible por encima de la cabeza de su superior.

—Es usted un antiguo afiliado al partido, y ha prestado valiosísimos servicios. Creo que ha manifestado el deseo de tener una entrevista particular conmigo, Jarel Brumann.

—¡Sí, señor!

—No pudimos conversar cuando, le relevé del mando. Hágame el favor de aceptar este cigarrillo, y tratarme amistosamente.

En aquel mismo instante, un oficial encendía un cigarrillo en el patio cercano. Era el oficial que mandaba en el pelotón que estaba esperando para fusilar a Jarel Brumann.

Esperaba la orden del jefe de la «Gestapo» que estaba diciendo: «... y tratarme amistosamente».

—¡Gracias, señor! —Y Jarel Brumann abandonó la tiesura, aceptando el cigarrillo.

—Las órdenes que tenemos son severas, Jarel Brumann. No podemos demostrar la menor inclinación al sentimiento. Aquí, en Holanda, han de saber todos que el Führer hará una nueva Europa, y han caído muchos de los mejores para conseguirla.

—¡Sí, señor!

—¿Para qué quería verme, Jarel Brumann?

—A mi llegada a Ruysdaëls, señor, tuve claros indicios de que enemigos del Tercer Reich conseguían huir sin recibir el castigo justo. Dediqué mis esfuerzos a capturar los agentes del servicio secreto que les proporcionaban los medios de huir.

—Sabía decisión. Le escucho con suma atención.

—El servicio secreto inglés, señor, es nuestro único rival, y para vencerlo hay que emplear sus mismos procedimientos: astucia y perfidia.

—Exacto. ¿Qué iniciativa tomó, Jarel Brumann?

—¡No, señor! No tomé iniciativa ninguna, porque nos está formalmente prohibido.

—Es verdad. Entonces, ¿qué hizo?

—Consulté con el gabinete de nuestro supremo jefe, *Herr Himmler*.

Ambos, a la vez, inclinaron la cabeza en seco saludo respetuoso.

—Bien, Jarel Brumann. ¿Y qué le indicaron en el gabinete superior de nuestro supremo cerebro después de nuestro Führer?

—Me dieron carta blanca, y recibí este mandato, firmado personalmente por *Herr Himmler*, por el que podía actuar privadamente, sin comunicar a ningún inferior mis actos.

—¡Ah...! ¿Me permite?

Comprobó el superior la autenticidad de sellos y firma, devolviendo el documento.

—Puede entonces informarme, Jarel Brumann.

—Hoy, un enemigo del Tercer Reich, llamado Klaus Verdoem, se insubordino. Fue muerto. Mandé le arrojasen cerca de su granja. Ordené regresar, sin fusilar a los componentes de la familia.

Sabía Jarel Brumann que su superior estaba ya informado por el hombre de la libreta, que al socaire de ser su secretario, le espiaba e informaba de cuanto hacía.

—La orden que tenemos es aplastar a los enemigos en todas sus generaciones, Jarel Brumann.

—Se cumple, señor.

—¿Sí? ¡Acláreme!

—Los Verdoem están camino de Lisboa. Allí serán atendidos por Cornelius Van Lorn, y llegará a alguien, aquí en Holanda, una carta de los Verdoem diciendo que han encontrado trabajo y libertad gracias a Cornelius Van Lorn.

—Ya. ¿Y entonces...?

—Los que huyen, llegan a Lisboa ansiosos de hablar. Tienen confianza. Van diciendo quiénes les han ayudado a fugarse, qué agentes británicos se han puesto en contacto con ellos, y no sería posible obtener todos estos informes, señor, si la familia Verdoem, por ejemplo, estuviera a estas horas fusilada.

—Entonces, ¿Cornelius Van Lorn es agente de la «Gestapo» en Lisboa, amigo Brumann?

—Sí, señor. Y los propios agentes británicos consideran a Cornelius Van Lorn como un filántropo.

El jefe de la «Gestapo» rió con carcajada brutal, regocijada. Mentalmente, pensaba que Jarel Brumann era demasiado sinuoso, demasiado inteligente.

Ya buscaría un medio de suprimirlo.

—Le felicito, Jarel Brumann. Permítame invitarle a un vasito de delicioso «Kirc». ¿Cómo comunica con Van Lorn?

—No hay clave en mensaje. Sino unos carteles hechos por un dibujante al servicio de Van Lorn. Carteles de ferias de muestras, de propaganda de específicos, de publicaciones...

—¿Gama de colores?

—Es clave que los británicos ya conocen. Empleamos con Van Lorn otra clave. Unos muñecos, cuyos trazos corresponden a letras, y por estos muñecos averiguo el nombre de los agentes y holandeses que proporcionan la fuga.

—¿Los tiene ya?

—Espero la llegada de los Verdoem a Lisboa, para conseguir los últimos que me faltan. Y entonces, señor, usted me ordenará la redada general, y ya no habrá más fugas en Holanda, limpia en, este distrito de agentes y enemigos.

En pie el jefe levantó su copita. Pronunciaron los brindis de rigor y apuraron el licor con seco golpe de nuca hacia atrás.

Volvió a sentarse.

—En Lisboa hay agentes de ese cuerpo norteamericano llamado el «F. B. I.»

Por primera vez, Jarel Brumann sonrió. Los dos se miraron, y de la sonrisa pasaron a la carcajada.

El jefe comentó:

—¡Qué gran acierto el de nuestro ministro Goebbels cuando dijo

que las iniciales «F. B. I.» significaban «Fallos, Banalidad e Incapacidad»! Son totalmente inútiles.

—Norteamérica es un pueblo joven, sin cultura, ingenuo, totalmente en ayunas de la ciencia política.

—Son verdaderos niños que han crecido demasiado de prisa, y sus métodos son de una franqueza absurda.

—Sus agentes son como deportistas que van a jugar en una Olimpiada, donde tienen todas las de perder.

—¿Hay algún agente norteamericano por aquí, amigo Brumann?

—No, señor. Los hay en Lisboa.

—¡Ah...! ¿Y qué ha sido de ellos?

—Hasta ahora los cuatro agentes que ha enviado la «F. B. I.» han sido debidamente interrogados y puestos fuera de combate, señor. Al parecer, ahora han enviado a una mujer seductora e inteligente.

—Bien, amigo Brumann. ¿Quiere cenar conmigo? Daré órdenes.

Salió el jefe para hacer una señal negativa al oficial que esperaba, el cual, sin comentarios ni extrañeza, mandó romper filas al pelotón.

Poco después, en un ambiente de falsa cordialidad, los dos prohombres de la «Gestapo» en Ruysdaëls, cenaban brindando con saña por el completo exterminio de la «F. B. I.» en Europa.

* * *

Por el pintoresco paseo que lindaba con la bahía del estuario del Tajo, una mujer paseaba contemplando los paisajes de la antigua capital lisboeta.

Había llegado por la mañana, con una misión bien definida. Y estaba segura de triunfar, porque reunía inteligencia, astucia y un poderoso atractivo.

Era conocida en ciertos medios de Nueva York como «la tigresa aterciopelada». Sus rojos cabellos eran llama en la que muchos corazones se habían consumido.

En realidad, consideraba casi inocente la misión que le había sido confiada por un departamento especial de la «F. B. I.»

Junto a la acera, desfilaban, de vez en cuando, automóviles. Era la hora del crepúsculo, y el ambiente olía a flores, a primavera...

La hermosa agente pensaba en Cornelius Van Lorn. No le conocía aún, pero estimaba facilísimo atraerle, y después...

Un camión conducido por un sujeto de rostro bestial de boxeador ahído de puñetazos, acercábase por detrás. De pronto, embistió la acera, y sus ruedas delanteras derribaron a la «tigresa aterciopelada».

El giro que el conductor dio al volante empujó a la atropellada sobre el asfalto de la calzada. La rueda trasera hizo ladearse el camión al pasar por encima de la destrozada anatomía femenina.

Pisó a fondo el acelerador el conductor, exclamando, alegremente:

—¡Ésta no hablará más!

A su lado sentábase un individuo con la clásica apariencia del pistolero americano, para quien da lo mismo disparar como no hacerlo, matar como jugar, al póker. Dijo, con un rictus:

—Tiene gracia. A este paso, vamos a ser nosotros los que terminemos con los agentes de la «F. B. I.»

El camión desapareció en un viraje, y en el paseo, aplastado, quedó el cuarto agente enviado a Lisboa en busca de Cornelius Van Lorn, por el departamento especial de la «F. B. I.»

CAPÍTULO PRIMERO

El coche largo y bruñido estaba estacionado en la, calle 59, junto a la amplia acera meridional del Central Park. Sus dos únicos ocupantes, en el asiento delantero, parecían dormitar arrullados por el ronroneo del motor puesto en marcha.

Cualquier otro coche en aquel mismo lugar hubiera recibido inmediatamente la visita de un agente del tráfico, que extendiendo por duplicado un boleto, habría hecho constar la matrícula, la hora y la multa.

Pero aquel coche disfrutaba del privilegio de ser el número 27 de los cinco mil coches patrulla que, dirigidos con maravillosa precisión por voces autoritarias desde distintas emisoras, pueden estacionarse donde sea y devorar asfalto a la velocidad que requiere la distancia que han de recorrer.

Al volante se sentaba un veterano. A su lado, un joven irlandés, estrenaba el uniforme, y secretamente orgulloso de ser visto por las muchachas que paseaban por el Central Park, procuraba adoptar la postura de un hombre ya ahído de emociones y experiencias.

En el cuadrante, una luz verde parpadeó. Y la gangosa voz monótona, pero imperiosa, anunció:

—¡Atención, coche patrulla 27! ¡Atención, coche patrulla 27!

El del volante se enderezó, colocando el pie en el pedal, y la zurda en la palanca bajo el volante.

El novato, excitado, se pasó la lengua por los labios.

—¡Cierren la salida avenida Madison y Lexington en cruce con la 59! ¡Cierren la salida avenida Madison y Lexington en cruce con la 59!

El conductor pisó el pedal, y suavemente el bólide arrancó, atravesando la Séptima y Sexta Avenida. La luz verde se apagó. El coche volvió a, estacionarse entre las paralelas de las avenidas Madison y Lexington, las dos principales arterias del barrio de los

grandes almacenes Macy, Gimbels, Woolworth, Altman, Tiffany y Bonwit Teler, célebres por sus originales campañas publicitarias.

Como la luz verde estaba apagada, el novato, atendiendo al reglamento, podía hablar.

—Alguno que habrá robado una bañera —quiso bromear.

El veterano le miró de reojo, casi compasivamente. Era un hombre de suerte. Si bien, por dos veces, se había hecho cargo de nuevo de aquel coche, gracias a oportunas transfusiones de sangre, había tenido seis sucesivos compañeros a su lado junto al volante.

Los seis no necesitaron de transfusión sanguínea, porque llegaron cadáveres al hospital general de los patrulleros de Nueva York.

Se limitó a decir:

—Para los ladrones otros son los cazadores, Jim.

Volvió a encenderse la luz verde.

—¡Coche gris, «roadster», matrícula XD-345-NY! ¡Coche gris, «roadster», matrícula XD-345-NY!

El novato apuntó en la hoja de duro material colocada en el cuadrante frente a él, empleando para escribir un grafito especial colgante de cadenilla.

—¡Operación «Bloccus»! ¡Operación «Bloccus»! —ordenó, gangosamente, el receptor.

Apresuradamente, el novato abrió la bolsa lateral para extraer el libro de contraseñas, que traducía con prácticas explicaciones lo que significaban las numerosas calificaciones que recibían los distintos métodos de atrapar a personas o coches perseguidos.

Recorría ya con el índice la orejeta alfabética, cuando el conductor le ahorró trabajo, porque la luz verde acababa de apagarse.

—Operación «Bloccus» es un hueso, muchacho. Poco jamón y duro de roer. En plata, significa que hemos de cazar vivo al que está en, el coche gris. ¿Te das cuenta? No podemos usar las «herramientas», sino tratar de pegarnos a los guardabarros del coche gris y preguntarle amablemente al conductor si está dispuesto a seguirnos.

—¿Y si no quiere? —quiso saber, ingenuamente, el irlandés.

—Esto es lo malo. Que no quieren.

—¿Entonces...?

—Puedes usar los dos únicos métodos que permite la «Bloccus»: darle al testarudo con la porra de goma y si no puedes, queda la última solución, que es largar la lacrimógena. Pero si lanzas la cebolleta llorona, después te llamará el jefe y te largará un, rapapolvo.

—Pero ¿y si el tío se pone tonto y dispara?

—Sucede, hijo, sucede con frecuencia. Entonces, después que él haya disparado, ¿te enteras? Sólo después, estás autorizado a sacar la «herramienta». En fin, que el XD-345-NY debe ser un tipo de campanillas, y hay alguien, un pez gordo, interesado en sostener con él una conversación discreta.

Hablaba él conductor, pero sus ojos no se apartaban de las dos bocacalles señaladas por el receptor. Volvió a parpadear el ojo verde...

—¡XD-345-NY remonta Lexington! ¡XD-345-NY remonta Lexington!

El conductor arrancó, y con matemática precisión se ciñó a la acera en el viraje de la 59. Comentó:

—La «Bloccus» acepta un choque delicado... Agárrate a las solapas, Jim. En tu honor, te enseñaré cómo se topa con arte.

—¿Y las sirenas? —preguntó el novato, refiriéndose al agudo silbido con que los patrullas perseguían.

—Hijo... —reprochó, afablemente, el conductor—. ¿Cuándo y dónde has leído tú que para cazar al ratón se agiten cascabeles?

El novato se quedó con las ganas de debutar, y el veterano con las de demostrar su maestría en choques delicados, porque en el cruce de Lexington con la 57, y en el aparcamiento de coches, se detuvo el «roadster» gris matriculo XD-345-NY.

Los elegantes «Almacenes Bendel», con sus treinta y dos escaparates, ofrecían todo cuanto puede desear el espíritu más caprichoso.

Pero Robert Lark, el que acababa de abandonar el volante del «roadster» gris, sólo quería comprar un jabón francés que oliera a espliego, «pero con olor de campo de verdad, ¿eh, Bert?».

La vida había zarandeado a Robert Lark durante veinticinco años y pico. Y esta lucha empezaba ya a dejar su marca en las facciones, que parecían talladas en granito cubierto por tensa piel.

Los labios, entreabiertos en cínica sonrisa, mostraban, una hilera

de blanquísimos dientes, entre los que removía una goma de mascar.

La barbilla cuadrada, la nariz recta algo achatada y los ojos verde-grises, completaban un semblante en el que imperaban el descaro y la insolencia.

El negro cabello se encrespaba en cortos rizos ásperos, visibles bajo el ala del ladeado sombrero de fieltro azul.

Vestía elegantemente un traje cruzado de seda gris, y pisaba como un felino calzado de ante azul.

Su brillante corbata azul metálico atraía la mirada devota de una pequeña de unos diez años, que, asida de su mano, acababa de descender del «roadster» gris.

—Será con olor de campo de verdad, ¿eh, Bert? —Ceceó ella—. Algo así como tu corbata, que me recuerda el cielo de Normandía.

Robert Lark se puso solemne, y en aquel instante toda dureza desapareció de su varonil semblante.

—En estos almacenes tienen una señorita dedicada solamente a vender jabones de Francia: Y le pondrás hablar en tu lengua, Nanette.

El ascensor fue subiendo pisos. Robert Lark, por larga costumbre, iba mirando todos los rostros... Pensó que tendría gracia que le cogieran pretendiendo comprar un jabón para una niña...

Si algún policía tenía la suerte de cogerle vivo, sería capaz de reírse si él, Robert Lark, «El Agresivo», declaraba que su salida a la civilización obedecía a que no podía soportar la tristeza de la niña que alejada de su Francia natal, e hija de una pobre obrera, suspiraba por tener un jabón que oliera a espliego.

La señorita del mostrador poseía la rutinaria y obligada amabilidad. Extrajo de una caja una pastilla envuelta en papel azul claro. La acercó a las narices de la niña, que gimió, estremecida de gozo:

—¡Éste es, Bert! ¡Éste es, por favor!

—Una docena —dijo, lacónicamente, Robert Lark.

—¡Oh, Bert! —suspiró cómicamente la niña, abrumada— ¿Puedo llevarme una conmigo?

Sonrió la vendedora, entregando una, de las pastillas. Encima del mostrador Había un oso de peluche, devorado por los ojazos de la niña.

Lo cogió Robert Lark.

—¿Cuánto?

—No está en venta, señor. Pero un padre tiene derecho a todo. Permítame que le pregunte al gerente el precio.

Nanette se restregaba las narices con el jabón, emitiendo grititos de satisfacción.

Los pómulos de Robert Lark destacaron aún más al crispas las mandíbulas. En su cintura, encima del bolsillo de la larga americana que ponía de relieve sus anchas espaldas y sus estrechas caderas, un punto duro, circular, acababa de aplicarse.

Y una voz tenue, casi en su oído susurraba:

—Calma, Lark. Sin escándalo. Estás copado. Somos cuatro. No querrás que la niña sufra algún daño si armas trifulca, ¿verdad?

Robert Lark se arregló el nudo de la corbata. No miró hacia atrás. Con experta y rápida maniobra, el hombre que estaba tras él le quitó del bolsillo posterior la automática.

La vendedora regresaba. Había cierta alarma en sus ojos cuando, cohibida, murmuró:

—Doce dólares en total, señor.

—Como éstos. ¿Hay matrona para acompañar niños abandonados?

—Nos ocuparemos de esto, Lark —dijo el «G-Man» a sus espaldas.

Nanette, maravillada en la contemplación de la rutilante mercancía, no se dio cuenta de nada. Y lloró silenciosamente de alegría cuando Robert Lark colocó ante su rostro el oso de peluche, al cual se abrazó ella convulsivamente.

Tampoco pudo ver que la sala, como por arte de magia, se había vaciado, no quedando más que la vendedora demudada y cuatro hombres a espaldas de Robert Lark.

—Vas a irte con una señora, Nanette.

—¡Oh, no, Bert! Yo estoy contigo muy bien, tan bien que te prometo crecer muy de prisa para que tengamos pronto la misma edad.

—Debo irme con este amigo, Nanette. Vete hacia allá.

—No —atajo secamente el «G-Man»—. La niña contigo hasta el coche que nos espera, Lark. Te conozco demasiado..., y comprenderás que ésta es la ocasión de pescarte sin...

—Hermoso el oso, ¿verdad? —atajó Lark, cogiendo la manecita libre de la que, crispada, mantenía el oso casi de su misma altura—. Vamos, Nanette.

Para quien no supiera lo que acababa de suceder, resultaba casi conmovedor el espectáculo de aquel elegante atleta llevando de la mano a la niña aferrada al oso de peluche, y de los que no quitaban ojo cuatro hombres que, paso a paso, escoltaban a la pareja.

El gerente del departamento de perfumería extranjera secóse el sudor de la frente con un pañuelo de seda.

La vendedora aspiraba un perfume avinagrado, que tenía la supuesta propiedad de devolver los sentidos.

—Ha sido una suerte —comentó el gerente—. Era ¡Bert Lark...!

—Un *gángster*, ¿verdad, señor? ¡Lástima de niña!

—Cierto que es una lástima, porque hace tres años que la silla eléctrica está esperando a Robert Lark, «El Agresivo».

En la acera frente a los «Almacenes Bendel», otros dos hombres esperaban, hundidas las manos en los bolsillos de la gabardina.

Un coche, abierta la portezuela, tenía el motor en marcha. Robert Lark acarició el cabello de la niña.

—Vete con este... este señor, Nanette.

—Bueno, puesto que tus amigos te esperan. Pero... esta noche vendrás a cenar, ¿eh, Bert?

—Iré. Seguro... Nunca falto a una cita femenina. Adiós, nena.

—Adiós, no. Hasta la noche, Bert.

Apenas la niña hubo cogido la mano del «G-Man», y vuelto la espalda, oyóse un «clic» y aceradas esposas rodearon las muñecas de Robert Lark.

Y resultó curioso ver como los seis «G-Men» a la vez exhalaban un suspiro de alivio. Pestañeó Robert Lark, subiendo al coche. Conocía sobradamente a los «G-Men» para saber que no era por aliviado temor por lo que manifestaban su satisfacción.

—Contentos, ¿no, sabuesos? —masculló, al sentarse entre dos de ellos, en el asiento posterior, mientras otros dos se colocaban en los sillines, dándole frente—. Os van a dar la medalla del Valor. Pero si tuvierais una pizca de vergüenza, cuando los periódicos digan que me cazasteis, podríais añadir que no fuisteis vosotros, sino una «peque...».

—Bueno, Lark —dijo el que se sentaba junto al conductor, y

mientras el coche, a toda velocidad, abandonaba el extenso barrio de los almacenes—. No te metas con nosotros. Cada cual cumple con su trabajo. Si quieres fumar...

—¡Al demonio con todos vosotros! Cuando me pongan el casco y la pernera, ya me saldrá bastante humo de la sesera..., y éste es un pitillo al cual os convidaría con mucho gusto, ¡hatajo de esbirros!

El resto del viaje reinó el más absoluto de los silencios. Cuando el coche penetró en el garaje subterráneo de una casa de campo, volvió a pestañear Robert Lark. Ignoraba que hubiera celdas policiales en los suntuosos chalets edificadas en la floresta del East River.

Miró con repentina sorpresa a los seis acompañantes. Pero no, no cabía error. Eran claramente seis «G-Men». Esto lo sabía, percibir Robert Lark, el hombre que por espacio de tres años había vivido entre *gangsters*.

Había tal vez poca diferencia entré los pistoleros libres y los que servían a la policía. Pero era la suficiente. Miraban de otro modo, también implacable, pero sin la indiferencia asesina y sádica de los maleantes innobles...

Y cuando, obedeciendo al mandato de un empujón, echó a andar escaleras arriba precedido por tres, corroboró su certeza de que eran «G-Men» la observación del único que hasta entonces le había hablado:

—Puedes estar orgulloso, Lark. Para cogerte vivo han movilizado los Grandes Trucos. Cien coches patrullas y dos brigadillas nuestras. Por lo visto, resultas más importante que el difunto Capone.

¿Un chalet de campo? ¿Muebles lujosos, en vez de los fríos mobiliarios de comisaría? ¿Un despacho enorme, con cuadros y alfombras, en vez de la caja de rejas?

Quedó Robert Lark sentado en un hondo sillón. Los «G-Men» ondearon la mano en muda despedida, y tras el sillón permanecieron erguidos, silenciosos, dos robustos individuos.

Robert Lark masculló, enojado:

—¿Qué diablos pasa? ¿Es que ahora, para llevar a un tipo con agallas a la silla de los calambres, hacen falta tantas ceremonias?

Lo que siguió acabó de colmar el naciente estupor de Robert Lark. Oyó de nuevo el «clic», y sus muñecas quedaron libres. Se

levantó, dispuesto a aprovechar la mínima ocasión..., y vio a los dos robustos individuos que estaban ya junto a la puerta el uno y junto a la ventana el otro.

Tenían la diestra en el bolsillo derecho de la americana y miraban casi amablemente a Robert Lark.

Pero cuando éste anduvo dos pasos, uno de ellos, el de la ventana, dijo, con tranquila entonación.

—No, compañero. Tenemos orden de dispararte... a las piernas, compañero...

—¿Compañero de qué? ¡Malditos esbirros!

La puerta se abrió desde fuera y entró una rubia ondulante, que sin mirar a Robert Lark, sorprendido, sentóse tras una mesita, de cuya cajón sacó una libreta de taquigrafía y una serie de lápices afilados por los dos extremos.

—Pero... ¿qué comedieta es esta...? —murmuró Lark.

Entró ahora un sujeto, de unos cuarenta años, con toda la apariencia comedida de un director de Banco o de un catedrático.

Tenía unos ojos grises, que al posarse en Robert Lark hicieron que éste, repentinamente, comprendiera el significado de la frase que había leído alguna vez, y que le había parecido absurda: «Tenía unos ojos de acero que taladraban».

—Buenos días, Robert Lark —dijo el recién llegado, con voz incisiva, tajante—. Siéntese, por favor. Me llamo Gary Prescott. Esta señorita es Mabel Parker, mi secretaria, y los dos caballeros son...

—¡Me importa un rábano! ¿Qué mala broma es ésta? ¿Una oficina con dos pistoleros, una vampiresa de pacotilla y un almibarado comediante?

—Los dos caballeros son de un departamento especial de la «OSS», Oficina de Servicios Estratégicos, equivalente al «Intelligence Service» británica. Este departamento lo mando yo. Y alguna, que otra vez, las demás secciones nos llaman la Brigada de los Suicidas. Antes de que vuelva usted a preguntar, le diré rápidamente de lo que se trata. Y ahora soy yo el que pregunta, Robert Lark. ¿Qué prefiere: ir a la silla eléctrica o ser un compañero más en la Brigada de los Suicidas?

CAPÍTULO II

Robert Lark se sentó, y maquinalmente aceptó el cigarrillo que en abierta pitillera le ofrecía Gary Prescott, el cual se reclinó contra, el borde de la mesa-despacho.

—Hágame el favor de leer, Mabel, la nota marginal del expediente.

Mabel Parker fue leyendo, con voz sin inflexiones:

«En el “Madison Square Garden”, la noche del 23 de agosto de 1933, tuvo lugar el combate valedero para el campeonato de Nueva York Estado, de los pesos mediano ligeros, entre el detentador del título Ike Robinson y el aspirante Robert Lark. Los titulares de prensa resaltaban las características en contraste de ambos púgiles: la contundencia científica del negro Robinson, frente a la agresividad salvaje de Robert Lark. Venció Robert Lark por “K. O.” técnico de Robinson al octavo *round*...».

—Fue mi último combate —murmuro Lark, olvidándose de todo lo que le rodeaba, y evocando el pasado, que le parecía lejanísimo—. El pobre Robinson murió al día siguiente en la clínica, por conmoción cerebral. ¡Maldita sea! Yo no tuve la culpa... Fue su cochino segundo, que no lanzó la toalla a tiempo...

—Usted, Lark, en el entierro, y cuando ya Ike Robinson estaba sepultado, propinó una paliza al segundo de Robinson, de resultas de la cual le quitaron la licencia —dijo Prescott.

—Bueno; ¿y a qué viene todo esto?

—Un poco de paciencia, y comprenderá que no soy amante de perder el tiempo. Siga, Mabel.

«En febrero de 1934, a los: veinte años, Robert Lark acepta el nombramiento de reportero del periódico *Herald*. Progresó porque su estilo directo, agresivo, va rectamente al corazón del gran público. Es enviado como corresponsal especial a cuantas naciones se hallan en momentáneos disturbios de cualquier índole. Aumenta su nombradía como reportero audaz, aunque en varias ocasiones tiene que salir huyendo. En 1937...».

—¡Alto! —exclamó Lark, tirando la colilla con rabia—. ¿Es que la vampiresa sabihonda ha de meterse en mis asuntos, privados?

—A veces es usted ingenuo, Lark —dijo secamente Prescott—. No olvide que el asunto que usted llama privado, perteneció al dominio público y alimentó a la prensa diaria durante cerca de dos meses... Mabel, no lea el resumen oficial, sino mi resumen particular, o, mejor dicho, el resumen de la «OSS».

«Todas las pruebas demuestran que Robert Lark disparó contra Dolly Summer y Tony Carazzo en el reservado del parador de la carretera de Saratoga, albergue llamado “Trojan Horse”. Fue apresado con la pistola recién disparada en la mano. Faltaban tres balas: Dos de ellas estaban alojadas en el cerebro de Tony Carazzo, y la tercera en el corazón de Dolly Summer. Ésta era la prometida de Robert Lark, y Tony Carazzo era el mejor amigo, también periodista, del que fue acusado de asesino, condenándosele a ser ejecutado. El 28 de septiembre de 1937. Robert Lark logró milagrosamente evadirle. Y desde entonces, activamente buscado, ha dado origen, a muchas redadas en los barrios extremos del Bronx, Bowery y Harlem, sin ser hallado. Este Departamento ha procurado buscar pruebas que demostrasen la inocencia de Robert Lark, siéndole imposible. No obstante, el Tribunal de Justicia ha dictado sentencia, y, si es apresado, Robert Lark irá directamente: a la celda para ser electrocutado al amanecer siguiente. Este Departamento tiene la seguridad moral de que Robert Lark no asesinó a Dolly Summer y Tony

Carazzo, aun cuando todas las evidencias la demuestren...».

—Gracias, Mabel. Váyase. Ustedes dos, también. ¡Váyanse...!

Quedaron solos Gary Prescott y Robert Lark. El jefe de la Brigada de los Suicidas volvía la espalda al hombre que, sentado en el sillón, apoyaba la cabeza entre las dos manos, tratando de reprimir el brusco sollozo que anudaba su garganta.

—Da igual, jefe. No es preciso que disimule... —dijo roncamente Robert Lark—. ¿Por qué se figura que me estoy comportando como una sensiblera damisela? No acertará...

—Probaré —dijo Prescott, con su característica dureza—. Durante tres años ha estado usted acorralado. Toda el hampa le miraba con respeto, considerándolo un tipo de agallas capaz de matar por gusto de matar. Usted viene aquí, convencido de que todo ha terminado. Y oye que se le considera inocente. Su propio abogado defensor estaba convencido de lo contrario. Yo sé que usted no mató. Yo sé que usted, enfrentado con una situación mezquina, hubiera enviado al hospital a la pareja, pero no habría disparado contra ella. Yo sé que usted se encerró en un mutismo absoluto, porque tenía demasiada inteligencia para defenderse inútilmente, y no quería ofrecer a la voracidad pública íntimos detalles. ¿Cómo sé todo esto? No hablaré de psicologías, porque se ha abusado de la palabrita. Parece ser que el oso y la caja de jabones franceses han sido muy del gusto de Mlle. Nanette. ¿Puedo comprobar si mi coñac especial es de su agrado, Bert Lark?

Robert Lark se levantó. En sus ojos cuajaban lágrimas. Sonreía, y ahora también comprendió Prescott por qué las mujeres encontraban tan atractivo al ex campeón y ex reportero «Agresivo».

—Usted es un tipo con vista, jefe. Venga el coñac, y mándeme al infierno o a la gloria..., pero sepa, bueno, entérese de que si el Presidente de los Estados Unidos le estorba, lo quito de en medio, porque usted tiene razón y todos los demás están equivocados.

—El coñac que le estoy escanciando tiene veinte años. Es ingenuamente agresivo. A nuestra salud, Bert Lark.

Depositaron las dos copas, y entonces Prescott, sentándose, juntó las yemas de los dedos, apoyados los codos en el sillón, y los labios en los pulgares. Sus ojos parecieron sonreír...

—¿Qué le sugiere la denominación de Brigada de los Suicidas?

—Hombres que se juegan la vida con frecuencia.

—Casi, casi. Pero permítame corregirle. Son hombres que se juegan la vida a cada segundo. Reciben órdenes muy opuestas. Van a volar una mina, de bauxita en Albania, o se lanzan en paracaídas sobre la Francia ocupada, o tienen que asesinar a un general alemán. Éstas son misiones que consideramos patrióticas. Pero hay otras más sórdidas. En cambio, las hay casi románticas. Operan sin apoyo alguno. Si los cogen, allá ellos. Si proclaman que son norteamericanos en servicio, nosotros, muy virtuosamente indignados, declaramos que es mentira, y hasta aconsejamos que los decapiten, fusilen o estrangulen, según la nación en que se hallen, y facilitamos los documentos demostrando que son, como por ejemplo en el caso de usted, fugitivos de la silla eléctrica. Puede usted preguntarme: entonces, ¿qué recompensa se obtiene?

—La aventura, el riesgo, el morir sabiendo que es por una causa útil, porque los que van cayendo evitan otras muchas muertes.

—Gracias. Sigamos. Doy por hecho que, usted no debe sentarse en la silla eléctrica. Pero yo soy jefe de un departamento especial de la «OSS». Nada más. Al salir de esta casa, si le coge un policía, no moveré un solo dedo.

—Diez tengo, jefe.

—Ya. Pero es preferible que no los emplee contra mandíbulas de honestos guardianes del orden. Un avión le dejará en La Habana. Y allá, cogerá usted otro de pasajeros, rumbo a Lisboa. ¿Conoce Lisboa?

—No. Pero ella me conocerá pronto.

—He elegido un asunto que le gustará mucho, porque está hecho a medida para usted.

Los párpados de Gary Prescott se entornaron, al añadir:

—¿Conoce usted a Ben Poluski?

Las mandíbulas de Lark se contrajeron, y en sus ojos brilló un destello de furor. Replicó:

—No tengo ni idea, jefe.

—¡Magnífico! —Sonrió Prescott—. Usted será un excelente embustero. No se encabrite, Bert. Ben Poluski desapareció de Nueva York a raíz del doble asesinato. Y usted ha andado buscando por todos lados a Ben Poluski. Pero sus privados asuntos, suyos son

Bert; Vamos al caso que me interesa. Envié a Lisboa, consecutivamente, cuatro de mis muchachos. Han desaparecido. Envié una «tigresa aterciopelada», la mujer más apta para lo que me interesaba resolver. La recogieron aplastada por un camión que no fue posible identificar.

Gary Prescott alzó una palanquita en una caja vertical. Dijo:

—¿Todo en orden, Mabel?

—Sí, Gary.

Parpadeó Lark, y, abatiendo la palanquita, dijo Prescott:

—Es mi esposa. Pero cuando trabajamos la llamo Parker. Le gusta y yo le tolero este capricho. Es de Boston, ¿sabe?

—¡Diablos! Perdone, jefe. Yo no sabía...

—Estábamos en Lisboa, Bert. Para disculparse tendrá tiempo, porque Mabel estará con usted en el avión hasta La Habana. Ella le explicará la causa de su viaje. Buena suerte, Robert Lark.

Se levantó, tendiendo la diestra al aturrullado joven.

—Oiga, jefe... ¿Y cómo sabe usted que yo cumpliré..., que yo jugaré limpio con la Brigada de los Suicidas? Podría esconderme de nuevo.

—El día en que yo me equivoque al juzgar a un hombre, muchacho, me pegaré un tiro. Buen viaje...

Vigorosamente estrechó Lark la mano del jefe de la Brigada de los Suicidas.

Y cuando estaba ya cerca de la puerta, pestañeó al oír que en tono banal Gary Prescott decía:

—A propósito, Lark: en Lisboa está Ben Poluski. ¿Dónde? Me parece que no hará falta que le busque. Buen viaje, muchacho.

CAPÍTULO III

Bajó la severa mirada de Mabel Parker, se instaló Lark en el mullido asiento del «Curtis», cuya hélice giraba ya. En el automóvil, ella se había sentado delante, junto al conductor.

El avión arrancó, elevándose rápidamente tras una carrera, que produjo en el estómago de Lark la conocida sensación de estar bajando en un ascensor veloz.

—Bueno, señora, yo estoy algo apurado, porque ignoraba que usted y el jefe estuvieran casados. Retiro lo dicho...

—¿Por qué? —preguntó ella, fríamente—. Soy rubia, sabihonda, y también el jefe me llama, vampiresa. El vuelo dura cuatro horas. Entreténgase leyendo este resumen, y lo que no entienda me lo pregunta. Puede fumar.

—Tanta amabilidad me confunde —sonrió Lark, cogiendo el voluminoso legajo de folios que ella le entregaba.

Mabel Parker se enfrascó en una lectura que divirtió a Lark. Eran los dibujos en color de *Pinocho*, por Walt Disney.

Pero la severa mirada que por encima del cuaderno multicolor le lanzó ella, a pesar de causarle gracia, le hizo echar, apresuradamente, la primera ojeada al legajo.

El pájaro plateado describió de pronto un extraño viraje... Ella miró por la ventanilla...

Estaban sobre el mar. Mabel Parker dobló el cuaderno, introduciéndolo cuidadosamente en su gran cartera.

Preguntó con dulzura:

—¿Sabe usted manejar una ametralladora, señor Lark?

—Era el juguete que me traía Papá Noel cuando yo tenía siete años, señora.

—Entonces, vaya a la carlinga del piloto. Me parece que aquel avión está siguiendo nuestra cola. El piloto ya le dirá si debe usted apretar el gatillo.

—Pero ¿y usted?

—A los siete años Papá Noel me regalaba libros que me enseñaron a cuidarme sola.

El piloto describía otro viraje, cuando penetró en la carlinga Bert Lark.

—Hola, compañero —saludó el piloto—. Al parecer, el «caza» nos sigue. Puedo equivocarme, pero échale encima la mirilla.

Robert Lark apoyó las manos en la culata de la ametralladora, mirando por el aspa circular al extremo del estriado cañón, que dirigió hacia el punto negro, que era el avión visto por encima de la cola del «Curtís».

Crispó las mandíbulas. Bajo ningún concepto podría él consentir que la esposa del jefe pasara por ningún peligro.

El piloto, de pronto, exclamó:

—¡Reposo! Otra vez será, compañero. Me ha dado la señal.

—¿Qué señal...?

—La nuestra del aire...

—Ya. Pero por si acaso...

—De acuerdo. Sigue acariciando a «Juanito», pero no te pongas nervioso, hasta que no te avise.

Redujo la velocidad, y el avión seguidor se alejó, adelantándose.

El piloto se apartó un instante el auricular.

—Aterrizaremos en Cayo Hueso. Parece ser que en La Habana estaban organizando un festejo para recibirnos. Por lo visto, llevas un encargo de cuidado.

En el interior, comentó Lark:

—¿Para qué movilizar otro avión, señora?

—Estoy aquí para contestar sus preguntas. El avión va a aterrizar en La Habana, a la misma hora en que habíamos de llegar nosotros. Y otros se encargarán de felicitar a los que esperan para darnos una calurosa bienvenida.

—Me encanta la deportividad de esta Brigada que se honra con mi presencia —dijo Lark, satisfecho.

—El deporte del boxeo fue su primera afición, ¿no, señor Lark? Siga leyendo. Después hablaremos.

—A la orden.

Una hora después, Robert Lark se rascaba la sien. Lo más tétrico es tomado a broma.

—Oiga, «jefa», yo habitualmente soy un chico que, de tan listo que soy, me asusto. Pero hay cosas que no las, comprendo. Por ejemplo: estos papeles dicen que en Lisboa hay agentes de la «Gestapo», que hacen cuanto pueden para eliminar a los agentes británicos, franceses y balcánicos. Y, a la vez, me ordenan que no toque a ninguno de ellos. Esto no lo entiendo.

—Usted va con una misión clara, definida, a la que debe atenerse, sin apartarse para nada de ella. Las personas que usted busca están relacionadas con la «Gestapo», pero no son alemanas. Por tanto prescinda usted de sentirse deportista con ningún elemento nativo de la «Gestapo», y acuda solamente a lo suyo, que es...

—Demasiado fácil, para que no resulte difícilísimo. Mi misión, se reduce a... Un momento —dijo repentinamente Lark, interrumpiéndose—. Hay en su mirada algo así como desdén y compasión.

—Hay, simplemente, la convicción de que usted no parece darse cuenta de la seriedad de su misión. Lo toma a juego, sin percatarse de lo que le espera. Casi como si fuéramos una bandada de melodramáticos.

Robert Lark replicó, con los rasgos faciales crispados:

—Tiene usted menos pupila que su marido. A él le ha sido fácil comprender que yo he vivido tres años de perro acorralado, cambiando constantemente de guarida, sin poderme fiar ni de mi sombra. Constantemente esperando el momento en que a tiros iba a terminar con mi pesadilla. Constantemente pensando que todo me acusaba, y que no me era posible defenderme. Constantemente buscando como un perro rabioso a... un sujeto, que se había esfumado. Y cuando, creyendo que me llevarían a la cárcel de Elnura^[1], me encontré con un hombre que me aseguró que creía en mi inocencia. Entonces volví a nacer. Ya bastaba. Había un hombre inteligente que creía en mí inocencia. Por esto, no discutí, no pregunté, y por esto, ahora río, y parezco tal vez atolondrado... ¿Se entera?

Por vez primera, en los ojos de ella hubo simpatía. Sonrió con leve humorismo amable.

—Bien, Bert, no se enfade conmigo. Reconozco que he sido estúpida. ¿Amigos?

—«Okey» —rió Bert Lark—. Algo se le ha pegado en la buena compañía del jefe, del arte de meterse a la gente en el bolsillo. Y antes que prosigamos peleando, dígame; ¿tanto poder tiene el jefe, que pudo pactar con la policía?

—No hubo pacto. Los hechos sucedieron así. Alguien le vio a usted alquilar el «roadster» gris, y dio el soplo a la comisaría. Nosotros tenemos una conexión con la onda de las patrullas, Oímos las órdenes encaminadas a cercarle, y apresarle con vida. Seis de los nuestros salieron apresuradamente a tratar de raptarle a la policía. Lo lograron, y era un doble trabajo difícil. Cogerle a usted sin mortandad y esquivar la policía.

—Ahora comprendo el suspiro de alivio que dieron los buenos mozos. Creía que eran «G-Men».

—Lo eran, pero pasaron al servicio de la «OSS».

—¿Y la policía no se olerá que...?

—No. La prensa afirmará que alguna banda, por ejemplo la de Ben Poluski —e hizo ella una pausa—, le cogió. Aunque nosotros sabemos que los pistoleros de Poluski se fueron con él..., por cierto, precisamente a Lisboa, después de una corta temporada en un Estado sudamericano, donde Ben Poluski frecuentaba con asiduidad una librería cuyo dueño era un alemán.



—Amoníaco, Ben —aconsejó Cornelius Van Lorn.

—No me cite más al... tal Poluski. Vuelvo a lo mío. Debo en Lisboa averiguar dónde anida un refinado caballero holandés, que vivió largo tiempo, en Norteamérica, que se llama Cornelius Van Lorn, y que se dedica a las antigüedades.

—Le resultará muy fácil, posiblemente, dar con él, Bert.

—Dieron con él los otros cuatro compañeros y la atropellada,

¿no es cierto?

—Es de suponer.

—Entonces, si ellos le encontraron, también yo podré, y acaricio la esperanza de que tendré más suerte.

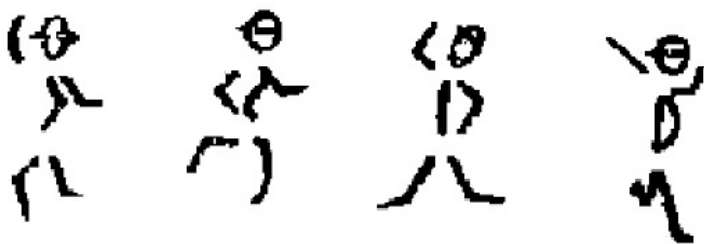
—El último que enviamos se llamaba Denis Carter y era un excelente luchador con cerebro.

—Trataré de superarlo. Quiero demostrar al jefe que supo lo que se hacía al elegirme. Bien. Damos por hecho que visito al señor Van Lorn. Y entonces debo, procurar convencerle de que, en mi compañía, el viaje de regreso a Nueva York, será agradabilísimo. Naturalmente, él opinará lo contrario, y yo bajo ningún concepto puedo matarlo, porque muerto no sirve a la «OSS».

—Exacto.

—Y, por último, tengo, que encontrar a un dibujante que se entretiene haciendo muñecos que bailan una zarabanda loca. Ya oí hablar de las cosas al parecer sin sentido, que son características del espionaje, pero reconozco que esto bate el *récord*.

Y Bert Lark sacó de entre las hojas una tira de papel donde se veían cuatro muñecos bailando:



—¿Qué sentido puede esto tener? —preguntó, burlón, Lark.

—El hombre que consiguió apoderarse de este papel, al cual le faltan bastantes muñecos, fue recogido al día siguiente, muerto, en la Rua Jardim do Regedor, cerca del «Hotel de Inglaterra», en Lisboa, donde se hospedaba. Por suerte había ya enviado estos cuatro muñecos. Lo recogieron con visibles muestras de haber sido arrojado de un coche a toda velocidad. Tenía, además, señales de bestiales torturas. Y si usted encuentra el dibujante que se entretiene con estos muñecos, o, lo que es mejor aún, logra

averiguar el sentido de estos dibujos, esté usted donde esté, le enviaré yo un fajín de campeón que personalmente bordaré.

—Empiece a comprar la seda y las agujas. Bórdelo en azul porque es mi color favorito. Resumiendo: si traigo al holandés, al dibujante, y puedo explicar lo que significan estos locos muñecos, habré cumplido. Y el jefe estará contento, ¿no?

—Diga que Gary estará satisfechísimo. Ahora bien, no se fíe de nadie...

—Llevo tres años ejercitándome en esta virtud.

—Me refería a que no se fíe de nadie que pretenda ser de la «OSS». Podemos desde ahora mismo establecer una contraseña sencillísima. Esa corbata que usted lleva es vistosa...

—Un azul de Prusia que pega bocados —rió Lark.

—Excelente. Ya ha dado usted con una contraseña que nadie puede falsificar. La persona que en caso necesario tenga que poner en contacto con usted, dirá: «Azul Prusia...». Y usted responderá... «Pegando bocados».

Volvió Lark a ensimismarse en el estudio mental de los muñecos dibujados.

El Castillo del Morro y la Fortaleza de las Cabañas, en la margen del puerto, de La Habana, eran ya visibles, cuando Robert Lark devolvió el legajo a Mabel Parker.

El avión estaba planeando encima del reducido aeródromo de Cayo Hueso, donde debía tomar tierra.

—Empapado —dijo Lark—. Todo lo veo, claro. Recuerdos al jefe, y empiece a bordarme el fajín.

—Azul Prusia pegando bocados —rió ella—. Aquel maletín es suyo. Contiene pasaporte, dinero, una máquina portátil, un carnet de periodista y un estuche de aseo. Y recuerde que Denis Carter valía mucho, y no pudo con Van Lorn. A propósito: no tenemos pruebas, pero sí el convencimiento, de que Ben Poluski trabaja para Cornelius Van Lorn, y no sería raro que si fracasó Denis Carter se debiera a Ben Poluski... Recuerde que muerto no nos sirve Van Lorn.

—¿Y Ben Poluski? —quiso saber Lark, procurando asumir una expresión indiferente.

—Mí personal opinión, compartida por Gary, es la de que Ben Poluski es un maligno bicho, cuya muerte hará descansar en paz a

mucha gente. Buena suerte, Bert.

Cuando el avión en que había venido no era ya más que un punto plateado en el horizonte, rumbo al Norte, Bert Lark, en la cantina del puertecito de Cayo Hueso, bebió con deleite un jugo helado de naranjas.

—Va a empezar la invitación al vals —murmuró, asociando en su mentalidad a los muñecos bailarines.

Y se estremeció de placer. Vengarse y a la vez contentar al jefe, era una doble satisfacción.

Recogió su maletín, y una lancha motora dedicada al continuo tráfico entre Cayo Hueso y Cayo West con La Habana abrió penacho en abanico ante la aguda proa, transportándole a la capital cubana.

Andando con euforia de hombre libre y sin preocupaciones por el espléndido Malecón, alcanzó el aristocrático barrio Vedado.

Volvió a acariciar su pasaporte, para sacar el pasaje aéreo extendido como si su punto de partida hubiera sido Tampico, y mientras esperaba que los altavoces llamaran a los pasajeros para el «Clipper» con destino a Lisboa, miró en derredor suyo...

Hombres de negocios, damas de señorial y frívola apariencia, algún vejete dinámico, clásicamente yanqui. Un pasaje inofensivo...

Sin embargo, le agradó sentir contra su cadera el contacto de la automática, que encontró bajo la cubierta de la máquina «Remington» portable.

Durante el vuelo, tuvo a su lado un hosco individuo, que devoró libro tras libro, saltando a veces decenas de páginas.

Y Robert Lark iba barajando nombres: Denis Carter, Cornelius Van Lorn, los muñecos... y Ben Poluski.

CAPÍTULO IV

Denis Carter creyó, que sacudía la cabeza para, disipar las nubes algodonosas en que le parecía flotar. Pero su cuello estaba rígido...

Las nubes iban sonrosándose. Un ángel, porque sólo podía pertenecer a un ángel aquel semblante tan cándido, soplaba, refrescando la frente ardiente de Denis Carter.

Un olor penetrante invadía el olfato del prisionero, que trató inútilmente de pensar. En nada le esclareció la mente la frase que ahora percibió con cierta claridad.

—Ya ha recuperado el sentido, barón —decía una voz, en inglés.

¿Un barón? Quiso mover los pies, y no lo consiguió. Intentó llevarse las manos a la cabeza, que le dolía intensamente, y tampoco lo consiguió.

De pronto se dio perfectísima cuenta de que estaba sentado en una silla, rodeado el busto y las piernas por una larga cuerda cuyos nudos expertos se le hincaban en los músculos.

El «ángel» se incorporó, dejando de darle aire con un abanico. Era una muchacha de aspecto candoroso...

Y la recordó inmediatamente.

Era la muchacha que en su recuerdo más reciente había visto en un umbral, cubriéndose el rostro con las manos y sollozando en hipo incontinibles.

Era en la Rua do Arco de Jesús, muy transitada en aquella hora. Él se había llevado la mano al sombrero, inquiriendo si la podía ayudar en algo.

Ella había negado entre lágrimas... y una miríada de estrellas brilló repentinamente ante los ojos de Denis Carter, que tuvo la sensación de que el alero de la puerta se derrumbaba sobre su cabeza.

Y ahora... recuperaba el sentido, viendo después de ella, el «señuelo», a un hombre con facies de boxeador castigado por

muchos combates adversos, qué se apartaba de él, llevando un frasquito en la velluda diestra.

Y fue esfumándose el olor de amoníaco que desprendía el frasquito.

El individuo de siniestra catadura de boxeador castigado, repitió:

—Ya ha recuperado el sentido, barón.

Entonces vio Denis Carter un hombre exquisitamente vestido. No era el *smoking* excelentemente cortado, ni la botonadura de perlas, ni los escarpines de tafilete, ni el largo pañuelo de blanca seda negligentemente echado sobre los hombros, lo que daba aire de *dandy* refinadísimo al desconocido.

Ni tampoco el monóculo incrustado en su órbita izquierda. Era su afilado rostro de aristócrata decadente, la amable mueca de sus delgados labios, la fría sonrisa de sus claros ojos azules.

—Excuse el procedimiento, algo brutal que he tenido que emplear para serle presentado, señor Carter —dijo, hablando con característico acento neoyorquino—. Glenda salió a tiempo llorando, y supuse que usted, galantemente, ofrecería su ayuda. Me llamo Van Lorn, Cornelius Van Lorn.

—Muy señor mío —replicó Carter, llameantes los ojos—. No le conozco, ni sé en qué puedo haberle perjudicado.

—Todavía no, pero quiero evitar que me perjudique.

El boxeador permanecía serio, estólido, tras la silla ocupada por Cornelius Van Lorn.

—Le aseguro, señor Carter —siguió diciendo Van Lorn—, que si las puedo evitar, no contemplo violencias. Pero si usted insiste en afirmar que no me conoce, tal vez me obligará a que indique a Ben Poluski que le refresque la memoria. Ben Poluski, el caballero que está a mis espaldas, es algo brutal, y casi aseguraría que halla cierto deleite en desquitarse de sus desafortunados combates de boxeo. Le ruego recurra a toda su sensatez, señor Carter, y replique adecuadamente a mis preguntas.

—No replicaré a nada, mientras me tengan atado. Soy un ciudadano americano, libre y...

—¿Le ablando, barón? —inquirió, ansioso, Ben Poluski, cerrando los velludos puños y dando un paso.

—Aún no, Ben. Nuestro joven visitante está obligado a

demostrar extrañeza y enfado. Dígame, señor Carter: ayer por la tarde, hacia las cinco y media, ¿dónde estuvo usted?

Miró Denis Carter el rostro repulsivo de Poluski, y contestó:

—Estuve en una tienda de antigüedades situada en la Praça Rocío.

—Eso es. El dueño de esa tienda, soy yo.

—Lo ignoraba. Pero aunque así fuera, no es éste motivo, para justificar el golpe que he recibido y las cuerdas que...

—¡Calla...! —atajó violentamente Poluski. Tenía toda la apariencia del gorila maligno.

—Usted, señor Carter, preguntó el precio de varias estatuillas. Le observé desde la mirilla de mi despacho, y realmente era cierto lo que me dijo la empleada. No tiene usted la menor idea en antigüedades. Eligió una porcelana que llamó de China, y era una loza siamesa. Y un idolillo que calificó usted de hindú, siendo birmano. Ya sé, ya sé que los americanos legítimos, descendientes de pieles rojas, no tienen noción de estética artística.

—Sigo sin entender la razón...

—A ello vamos. Después miró usted unos diseños al carbón, y fingió que le interesaban mucho. Pretendió que le gustaba el dibujante, no lo que estaba bosquejado, y que le agradaría encargar personalmente un retrato al desconocido dibujante que no firmaba los diseños. ¿Altero la verdad o me equivoco en algo, señor Carter?

—Me gustaron aquellos dibujos, y por eso pregunté quién era el autor.

—Ben —dijo el holandés americanizado, volviendo el rostro con ademán indolente—: refresca la memoria del señor Carter.

Con un sordo ronquido Ben Poluski se lanzó hacia delante. Su puño derecho hundió en el estómago de Denis Carter, mientras su puño izquierdo pegaba en el costado del prisionero.

Denis Carter se ladeó y trató de inclinarse para amortiguar el doble puñetazo, pero las cuerdas se lo impidieron.

Cerró los ojos, y una intensa palidez amarillenta circundó sus labios. Un tercer puñetazo le levantó en vilo la cabeza, haciéndole crujir los dientes...

Quedó desmadejado, inerte, pendiente la cabeza sobre el pecho...

—Amoníaco, Ben —aconsejó Cornelius Van Lorn—. Y tú,

Glenda, dale aire. Parece que te mira con agrado. Será por el contraste delicado que representas junto a Ben. La Bella y la Bestia.

Minutos después, Denis Carter parpadeó.

—En el «Hotel de Inglaterra» está usted hospedado, como procedente de Caracas, y de profesión ingeniero de minas, especializado en torretas del petróleo. Ahora bien; Ben Poluski afirma que usted, hace cuatro años, era luchador profesional.

—Lo fui. Después estudié ingeniería especializada. Tres años de estudios, con diploma no oficial.

—Un luchador que después busca petróleo, no es el espíritu más apropiado para interesarse en antigüedades y dibujos. Por cierto, señor Carter, los dibujos que usted vio son malísimos. Están deliberadamente mal dibujados, para, que toda persona que tenga un mínimo de sentido técnico en arte, se horripile viendo la voluntaria torpeza del dibujante. Y claro..., cuando alguien pregunta por él dibujante, adquiero la certeza de que el preguntón, en este caso usted, ni es diletante en arte ni amante de las antigüedades, sino un sabueso, si me permite la expresión. Más claro; tengo la convicción de que usted ha sido enviado por cierto Departamento, misteriosamente designado, con las letras «OSS». Un Departamento que, desde hace cierto tiempo, está muy interesado en mis pasos. Le advierto, que tres caballeros: que le precedieron, han tenido mal fin. Reconozco que dominaban el arte de mentir y sufrieron con bastante estoicismo ciertas filigranas de tortura que Ben Poluski domina. Ahórreme un espectáculo poco estético, y me limitaré a tenerlo a buen recaudo, hasta que el triunfo del Tercer Reich le convierta a usted, de enemigo, en adicto.

—Usted es americano, Van Lorn. Nació en Nueva York. Sabe perfectamente que, por ser, como ha dicho, descendientes de pieles rojas, nosotros...

—Un momento. Le haré constar que mis antepasados fueron de pura raza neerlandesa. Siga.

—Nosotros, los americanos, estamos siempre deseosos de instruimos, y por esta razón, aunque no entendamos en antigüedades ni dibujos...

—Ben —dijo Van Lorn, levantándose—. Regresaré dentro de diez minutos. Vamos, Glenda. A mi regreso, espero que el señor Carter estará ya dispuesto a hablar razonablemente.

A solas con el prisionero, Ben Poluski, después de cerrar la puerta, se quitó lentamente la americana.

Pese a su aspecto de antropoide obtuso, Poluski era inteligente. Estimaba que era mucho más elocuente la angustia preliminar, que la propia paliza. Esto lo sabía de sus tiempos de pugilista, cuando en el minuto de descanso, y mientras su segundo le frotaba el estómago, increpándole con soeces insultos, veía al adversario en la otra esquina, mirándole seguro de sí mismo...

Fue arremangándose lentamente, diciendo:

—Con lo grande que es Nueva York y lo grande que es el mundo, aquí estamos los dos en un cuarto de una casa de Lisboa... Te conozco y me conoces.

—Más o menos, teníamos la misma profesión, Ben. Tú, enguantadas las manos...

—Desnudas están ahora, Carter. No seas necio y habla. Escupe todo lo que te traes entre cejas, y te librarás de un mal rato. Tú no podrás poner en duda que yo sé pegar, si no tengo que preocuparme por cubrirme de golpes contrarios. Cuando la silla quede rota, tú estarás convertido en un guiñapo, en un pelele sangrante... Estarás vivo, pero ya nunca más serás un hombre. Serás un trasto para trasladar de clínica en clínica, a menos que vayas al manicomio...

La inexorable brutalidad con que hablaba Ben Poluski, hizo aparecer en los ojos de Denis Carter un destello de agonía. Murmuró:

—¿Que quieres saber, Poluski?

—Ya vas poniéndote razonable, Carter —dijo su interlocutor, siguiendo en la tarea de arremangarse con lentitud, en deliberados pliegues finos, la camisa de seda rojiza—. Por lo visto, por allá saben que estoy con Van Lorn. Y te envían a ti, que saben no puedes tragarme, y tú vas directo al bulto preguntando en casa de Van Lorn por un dibujante cuyos diseños no tienen más firma que un muñeco absurdo.

—Lo que pasó, pasó, Poluski —dijo Carter, eludiendo responder.

—Yo sé que no pasó. Cuando dejé de boxear, y preferí que los otros sudaran y se rompieran la cara a mi mayor beneficio, tú eras un luchador cotizado; apostaban a siete contra dos en tu combate sin trampa contra el armenio Manuk, y yo te ofrecí la ocasión de hacer billetes largos. Entonces me enviaste al cuerno, ¿verdad?

—Yo no podía dejarme ganar por Manuk. Me pasó como a Lark...

Proyectó Poluski la diestra como una zarpa, agarrando los cabellos de Denis Carter. Sus ojos brillaban de furor contenido, y sonó su voz como vibrando de odio, al preguntar:

—¿Y qué le pasó a Robert Lark?

—En su combate contra el campeón Robinson, también las apuestas estaban a su favor en ocho contra tres. Luego, un masajista me dijo que tú habías ofrecido a Lark que se dejase ganar, y que él no aceptó.

Soltó Poluski la cabeza de Carter. Tranquilizóse, y casi amablemente dijo:

—A partir de entonces, Lark y yo no fuimos muy buenos amigos.

Ahora estaba convencido de que Carter no sabía nada de lo sucedido en el «Trojan Horse». Nada de lo que sólo Ben Poluski y Robert Lark sabían... Además, ¿qué importaba?

—Al grano, Carter. Explica al detalle lo que has venido a hacer, quién te manda, quienes trabajan contigo, y puedes estar seguro de que lo que dice el barón es cierto. Estarás preso, pero con comodidades, hasta que acabe la guerra. Los de la «Gestapo» necesitan hombres listos y fuertes como tú.

—Estáis todos en un error, Ben. Yo no hago nada que tenga que ver con lo que os figuráis. Ya lo he dicho...

Los puños de Poluski entraron en acción. Pegaba sabiamente, prolongando el aguante de su inerme adversario.

Las barras de la silla fueron las primeras en ceder. Después los pies... Y, por fin, Ben Poluski levantaba con una mano por las solapas a Denis Carter, mientras con la otra le asestaba puñetazos, procurando emplearlo al modo de un «puching-ball» humano, lanzándolo a diestra y siniestra en vaivén continuo de largos «swings».

Cuando el pugilista se cansó, y los nudillos le dolían despellejados, pasó alrededor de los sobacos del hombre convergido en una piltrafa, una cuerda, en forma de lazadera por un extremo.

Pasó el otro por una polea que había al fondo de la habitación, colgando del techo, y con rudo esfuerzo debido al agotamiento de la paliza que había propinado, izó al desvanecido Carter.

Denis Carter quedó suspendido por las axilas, tocando apenas

con la punta de los pies en el suelo.

Abrió Poluski la puerta después de haberse lavado las manos en un lavabo situado tras una cortina, en la misma habitación, y, después de haberse mojado las sienes y frente con colonia, alisó con esmero el cabello frente al espejo.

—Diez minutos exactos, Ben —anunció Van Lorn, entrando. Tras él, seguía Glenda, que miró con asco la figura grotescamente trágica del hombre colgando de los sobacos, y cuyo rostro era pulpa sanguinolenta.

—Persiste en no hablar, barón —dijo Poluski.

—Resulta penoso ver lo tercicos que son determinados individuos cuyo estoicismo raya en la imbecilidad.

Y hablando con el mismo tono que si estuviera en una reunión de intelectuales charlando trivialmente, Van Lorn aplicó un cigarrillo en la boquilla larga de negra laca.

Glenda se precipitó a tenderle la llamita de un mechero.

Aspiró Van Lorn unas bocanadas, cuyo humo arrojó al rostro tumefacto e irreconocible de Denis Carter.

De pronto, un súbito olor a carne quemada invadió la estancia. Van Lorn acababa de aplicar el extremo encendido del cigarrillo en el dorso de una de las manos colgantes del martirizado.

Denis Carter respingó, y abrió los ojos, anegados en su propia sangre brotando de las rotas cejas.

—Excúseme, señor Carter. Por inadvertencia le quemé... ¿no? ¡Cuánta torpeza...! ¿Desea decirme algo?

Los labios agrietados de Denis Carter murmuraron dificultosamente:

—¡Podrí... do meque... trefe...!

—Por favor —dijo, con benevolencia, Van Lorn, aspirando el olor de la gardenia en la solapa de su *smoking*.

Y de nuevo aplicó el encendido cigarrillo contra el dorso de la mano, pero esta vez lo aplastó...

El chillido de Carter taladró el aire enrarecido de la habitación. Glenda mordióse los labios, con extraña expresión de gata.

—Llévalo al pabellón de reposo, Ben. Sí... No me mires extrañado. Allí que la enfermera lo atienda lo mejor que sepa. Comidas esmeradas, radio, libros y, sobre todo, descanso; mucho descanso.

Abandonó la estancia, seguido por Glenda, y cuando bajaban hacia el extenso jardín que rodeaba la casa, en dirección al coche que esperaba junto a la escalinata, Cornelius Van Lorn explicó:

—A los cuatro o cinco días de estar a gusto, y sintiéndose resucitar, tal vez Denis Carter, cuando lo digamos que volverá a ser dejado al cuidado de Ben Poluski acceda a hablar sin mentir.

—¿Y si no lo hace?

—Otra nueva estancia en el pabellón de reposo... Ya van tres muertos, que nada nos han dicho.

—Cuatro —corrigió ella.

—La mujer aquella atropellada por el camión, no cuenta. Perdió la razón apenas Poluski le dio tres cachetitos, y yo le apliqué el cigarrillo en el escote. Sí, Glenda, yo creo que el señor Carter hablará después de este tratamiento que podríamos comparar, a las duchas escocesas. Ya sabes, ¿no? Un chorro de agua hirviendo, y después otro de agua fría y reparadora, y así sucesivamente... Bien —dijo, cuando entraban en el coche—, nos hemos retrasado un poco.

Bostezó, añadiendo:

—No importa. El primer acto de *La vida color de rosa* es algo aburrido. Es deliciosísima la primera estrella, ¿verdad, Glenda? Cuidado, Morton —reprochó al chófer—. Tomaste este viraje demasiado ceñido. Ya te he dicho muchas veces que soy un hombre que detesta las violencias.

CAPÍTULO V

En la Praça dos Restauradores, el «
Maxim's

», famoso por su cocina internacional y su sala de espectáculos y baile, por cuya pista desfilaban las atracciones más sobresalientes de todas las nacionalidades, desparramaba al exterior, en la acera, las numerosas mesitas, donde toda clase de bebidas eran pedidas a los eficientes y rápidos camareros cuyas tres primeras obligaciones eran «uñas limpias, recién afeitados y conocer inglés, francés y alemán».

Las manos se las lavaban cada cuarto de hora, eran relevados cada dos horas para que su cutis pareciera puro raso, y en cuanto a los tres idiomas no se les exigía un conocimiento profundo, sino elemental.

Uno de ellos saludó en correcto inglés al desconocido cliente que se acababa de sentar tras una mesita cercana a la gran puerta de entrada.

—¿Qué puedo servirle, señor?

—Un jugo helado de naranjas. Oiga, hermano: dos naranjas sin azúcar, un chorro de agua natural, y tres gotas de oporto. ¿Entendido?

—Al instante, señor.

Poco después, Robert Lark paladeaba la mixtura, observado con amable ansiedad por el camarero, que se fue contento al ver la cabezada de aprobación del bebedor de jugo de naranjas.

Hacía tres horas que Robert Lark acababa de bajar del avión. Su maletín quedóse, en casa del sastre, donde le habían tomado medida para dos trajes y un *smoking*, «con todos los complementos adecuados».

Diez dólares por traje si puedo ponérmelos por este orden: mañana tarde el gris, rayado, pasado mañana el *smoking*, y a los dos

días el marrón.

—Haré todo lo posible, caballero —replicó el dueño, que calculó que treinta dólares de suplemento bien valían un esfuerzo—. Primera prueba, a las siete de esta tarde, caballero. Segunda, mañana, a las once de la mañana. He servido a muchos caballeros americanos que han quedado muy contentos.

—Mutuo contento —dijo Lark, despidiéndose.

Poco después pasó por delante de una funeraria. Parpadeó, y un rictus crispó sus labios, porque en su cerebro una vocecita que sólo él podía oír, susurraba:

«Entra, y encárgalo de ébano con asas de plata. Hace muy bonito, Bert. Y si prometes emplearlo sin tardanza, te harán un descuento».

Se encogió de hombros, guiñando un ojo. Una muchacha que pasaba, irguió la cabeza, como ofendida, pensando que aquel descarado sujeto de buen aspecto, casi al estilo de los astros de la pantalla, podría ser más comedido en su inicio de *flirt*.

Quedóse desilusionada cuando Robert Lark siguió andando. Él no la había visto siquiera.

Mientras el cortador le había estado tomando las medidas, maravillándose de su perímetro torácico y la estrechez de su cintura y caderas, «¡con esta anatomía, caballero, haré una obra de arte!», había preguntada Lark por el café más elegante y frecuentado de Lisboa.

Y por eso se sentó en la terraza del «
Maxim's

». Volvió a encogerse de hombros, guiñándose, cuando ante la terraza, con mucha prosopopeya, un individuo instaló un alto caballete, una hoja de papel que clavó con chinchas, y, ostentando en la zurda un racimo de lápices de todos los colores, empezó a mirar a los posibles clientes.

La misma vocecita susurró en el cerebro de Lark: «Cuidado, Bert. Hay muchos dibujantes sueltos por el mundo. Éste parece que está más loco que un cencerro, pero no seas pelmazo. ¿Te crees que, apenas llegado, te caerá encima el dibujante de los estrambóticos muñequitos?».

El dibujante callejero, nariz puntiaguda, ojos de romántico, cabellos negros rizados en ondas cuidadosamente brillantadas,

mentón delicado, vistiendo afectadamente con chaqueta de pana color crema, pantalón gris de franela y chalina negra ahuecándose sobre la camisa clara, desfiló entre las mesas.

Le oyó Lark hablar, sin entender una sola, palabra. Era portugués, y aunque Lark entendía el español, se le antojaba que había un exceso de vocales en la lengua indígena.

El dibujante se detuvo ante Lark, y, frunciendo el entrecejo, sacó un lápiz de entre los dedos de la otra mano, y tomó medidas enfocando el rostro del americano.

—*Oito minutos, duzentos escudos, moito obrigado* —empezó a decir, pero se interrumpió al oír que su presunta víctima le atajaba, diciendo con brusquedad, en español:

—No hablo «portugal». Americano, y no gusto retratos.

El dibujante, en un inglés bastante correcto, manifestó, apresuradamente:

—En ocho minutos le hago la más fiel y artística traducción de su psiquis facial.

—Aunque viaje por necesidad, no soy un turista, amigo. Ahora bien ¿qué tal guía es usted?

—Yo soy un artista y no un cicerone, aunque en casos excepcionales podría...

—Yo soy un caso excepcional. Periodista, y no me vendrían mal algunos croquis para añadir a mis artículos.

—Eso es diferente. ¿Templos, paisajes...?

—Clubs de noche, teatros, tiendas típicas, tabernas con sabor.

—¡Suyo en alma y vida! —exclamó, enfáticamente, el dibujante, metiéndose los lápices en el bolsillo superior—. ¿A qué hora empiezo?

—A las ocho tengo la costumbre fatal de comer todos los días. Podemos comer juntos.

—La democracia y el arte acaban de tomar contacto, Mecenaz. ¿Dónde le espera Jaime Piñeiro, su servidor?

—Aquí mismo, ¿no?

—Lúculo y Mecenaz en una sola persona. A las ocho como un clavo, me hincaré en esta terraza. Tienen buen «pernod».

Se alejó el bohemio, y Robert Lark pensó que tal vez pacientemente, por su mediación, lograría conocer a más dibujantes sin necesidad de preguntar por ellos.

Compró un periódico editado en inglés. Fue leyendo la sección de anuncios, comerciales.

«Legítimas y excepcionales antigüedades. Van Lorn. Praça Rocío».

—Demasiado fácil —murmuró Lark.

Recordó una cantinela que la maestra de escuela les hacía cantar a los diez años en la escuela del barrio mísero del Bowery:

«La precipitación precipita por los precipicios». Siguió consultando las columnas de toda clase de anuncios.

—Diablos... —murmuró complacido.

Y volvió a leer:

«DISFRUTE DEL ENCANTO DE VIVIR. Saldrá sonriendo, y en éxtasis, después de ver a FLO MERRIVALE en LA VIDA COLOR DE ROSA».

Flo Merrivale. Dejó vagabundear el recuerdo hacia aquel teatrillo de Colón en Panamá, donde el año 1936, fue en busca de un reportaje sensacional acerca de una explosión en el Canal, poco aclarada por la policía.

Conoció a Flo Merrivale, que en realidad se llamaba Hortense Lockgart. Una rubia natural, que en los momentos íntimos congenió con él, porque también procedía de clase humilde y era campechana.

Duró dos semanas su estancia en Colón, y hacía de aquello cuatro años. Dobló el periódico, y se encaminó al sastre.

A las ocho, cuando llegaba a la terraza del «Maxim's

», le salió al encuentro un atildado *gentleman*, que con cortés reverencia, explicó:

—Jaime Piñeiro en traje de hombre libre, señor periodista.

—Puede llamarme Robert Lark, Rafael.

—Permítame invitarle a un aperitivo. Si bien la vil apetencia del metal imprescindible para no perecer en la cotidiana lucha contra el mendrugo, me hace callejear plasmando facies de burgueses, en las horas libres, y cuando alguien me resulta simpático, olvido lo que a

menudo quiero representar.

—Bueno. Usted habla el inglés muy bien, mejor que yo.

—A los doce años estuve de limpiabotas en Escocia, pero lo dejé para pescar el bacalao. Allí nadie se limpia las botas. Basta con la lluvia. ¿Le parece adaptado a su enérgico semblante un «gin-fizz»?

—No soy de éstos. Invíteme a un «martini» seco y solo.

—Color primitivo y puro. Naturaleza sencilla y rectilínea.

Mientras cenaban en el suntuoso marco de uno de los pequeños comedores del establecimiento, Robert Lark sentía agrado oyendo al extravagante gallego que había recorrido mucho mundo.

Le gustaba ver delante suyo a un hombre que no le miraba con miedo ni recelo. Preguntó:

—¿Ha visto «La vida color de rosa»?

—Pese al deprimente espectáculo de una humanidad empeñada en autodestruirse, veo siempre la vida con minúscula, en color rabiosamente sonrosado, con mayúscula. Por lo que se refiere a la revistilla, es como el champaña legítimo. Burbujea sin picar, y suscita agradables sensaciones. Las chicas tienen piel de albaricque, y la estrella es una manzana sabrosa sin nada de artificial.

—Usted tiene penetración, amigo. Conocí hace tiempo a Flo Merrivale, y es como la describe en dos trazos.

En el teatro, la música compuesta por un francés, tenía la sensible melancolía alternada con alegres compases, suficiente para acompañar adecuadamente las evoluciones de las coristas.

Al terminarse el primer acto, Robert Lark en la tercera fila, comentó:

—Una sazónada manzana muy apetitosa.

—Enfúndese los dientes, Lark —afirmó el dibujante—. Tiene ella un cortesano de mucha categoría en la persona del excelente esteta generoso que responde al nombre de Cornelius Van Lorn, y que creo presume modestamente de un título de barón.

—¿Quién es ése? —preguntó Lark, mientras pensaba en otra máxima, pero no de la maestría de barrio, sino de un cabecilla rebelde chino que vio morir, y que en inglés aseguró: «La cadena de coincidencias es la rutina».

No pudo seguir pensando en las frases confusas del agonizante chino allá en la frontera de Manchuria, porque poco después un

acomodador, cerrándole el paso; en la sala de fumadores, le hablaba en portugués entregándole una tarjeta.

Le dio un dólar, lo cual le valió una serie de reverencias profundas.

—Dijo que... —empezó a explicar. Piñeiro—. Pero ya lo leerá usted.

En la tarjeta, que era una fotografía de propaganda de Flo Merrivale, ella había escrito nerviosamente:

«Hola, Bob. Cuatro siglos sin verte. Te espero al terminar, en mi camerino. Tuya, Hortense».

—El acomodador decía que la señorita Merrivale quería que esta fotografía fuera entregada al espectador cuatro de la fila tres. ¡Qué lástima que no me sentase yo en su butaca! Déjeme mirarle el perfil. ¿Fluido magnético, Lark?

—Por donde voy, las chicas de buena familia se escapan de sus casas para perseguirme.

—Ahora, recuerdo que dijo usted que la conocía de otros tiempos. Bien, creo que por esta noche ha terminado mi función de guía guiado.

—¿No se queda?

—He visto veinte veces ésta revista. Estoy empachado. Mañana, ¿a qué hora?

—Desayuno a las ocho, me acueste a la hora que sea.

—Me sacrificaré.

—Usted me indicará cuánto...

—Me enriquezco en su compañía. Hasta mañana, Lark.

Poco después, un individuo melenudo que fumaba en pipa, tocó en la puerta de la habitación que en el último piso de una casa cercana al puerto, ocupaba Jaime Piñeiro.

—Hola, Judas —sonrió el gallego, al reconocer a su visitante—. ¿Ya no trabajas por encargo con el magnate Van Lorn?

—Él me ha telefoneado desde el Teatro «Luxor». Te reconoció en compañía, de un guapo que en el entreacto fue citado por Flo.

—¡Caray! El mercader de arte, tiene espías en todo Lisboa. ¿Y qué deseas saber?

—Yo no. Van Lorn es el que quiere saber quién es el guapo, y por qué Flo le cita.

—Robert Lark... Ve apuntando, que para eso eres un repugnante

taquígrafo. Y conste que te lo digo a ti, porque en el fondo... del bolsillo siempre tienes unos billetes de Banco para mí, en los momentos difíciles.

—De prisa, Jaime. Van Lorn espera mi llamada telefónica.

—Robert Lark, periodista, simpático, campechano, que conoció a Flo hace algún tiempo. No sé más.

—Bastará. ¿Funciona el teléfono aquí?

—Supongo. Nunca lo uso. Adiós, Judas.

—Me llamo Julio.

—Yo no tengo la culpa. Adiós.

En el palco con celosía que ocupaba coma abonado Van Lorn, entró Glenda.

—Julio ha telefoneado que cuanto sabe el otro, es que el espectador de la fila tercera es un espectador americano llamado Robert Lark, que conoce a Flo hace tiempo. Nada más.

—¿Te parece peligroso el reportero, Glenda?

—Para las mujeres, sí. Es el clásico «hombre malo» de irresistible atractivo.

—Abundan los periodistas norteamericanos en Lisboa. ¡Lark! —exclamó de pronto—. Pero si es «El Agresivo», aquel boxeador, que luego se metió a periodista y mató a su novia... Brutal y pependenciero... En el 37 huyó de la cárcel, escapando a la ejecución. Lo recuerdo perfectamente... Bien, bien... Si Flo se siente demasiado sentimental, siempre cabe el recurso de la extradición. ¿Sabes lo que es, Glenda?

—La policía reclamando a un delincuente. Antes... podrías dejarme que yo probara mi suerte, tratando de apartarlo del camerino de Flo.

—Estás olvidando que tú eres un violín, cuyas cuerdas sólo han de vibrar cuando yo las pulso. Y aborrezco la fácil propensión femenina a enamorarse del aspecto despreciando el cerebro. Cállate, Glenda... Esa musiquilla es imbécil, pero me agrada, porque corresponde al ridículo claro de luna que está plateando el escultural cuerpo de Flo Merrivale.

Terminado el espectáculo, se dirigió Lark a los camerinos. Le aguardaba una mujer canosa, que con gestos invitadores le condujo hasta la puerta de un cuarto en el que brillaba una estrella de cartón con purpurina.

Abrió ella la puerta, y al entrar Robert Lark se encontró estrujado entre unos brazos perfumados, mientras destilando el «rimmel» de los ojos, Flo Merrivale casi gemía:

—Me dijeron que te habían matado, Bob... Me llevé una impresión tremenda cuando te vi allá sentado... Tú no has estado en las tablas, y no sabes que los espectadores parecen una ristra de cebolletas... Y un color fantasmal...

Riendo se desprendió él del nervioso abrazo. La apartó, cogiéndole las manos, y la miró diciendo:

—Estás más bonita que nunca, Hortense.

—Ve con cuidado, Bob. Aquí la policía puede echarte si hay alguien que te reconoce.

—No soy un párvulo en el primer vuelo. Pude salir con muchos apuros de Los Estados, internándome en México. Y vine hacia aquí. Pero apenas llegué fui a un abogado, el cual me ha, confirmado que, en efecto, si Los Estados mandan cédula de extradición la policía portuguesa me encarcelará. Pero mientras no llegué la cédula, libre soy. Y cuando llegue, el abogado tendrá ya preparado el recurso de internamiento... Una artimaña legal que ya te explicaré si llega el momento. Por lo tanto no te asustes. ¿Qué tal la vida, rosa nena?

—Ahora sí lo es, Bob. Tú sabes que contigo fue distinto a todo. Nos apreciamos, y yo sería tu novia si me lo hubieses pedido, pero fuiste muy tunante al decirme que me adorabas, y que por esta razón, me querías por novia espiritual. Me llegaste al alma al decirme esto, allá en Panamá. Tú, bruto, me trataste como, ninguno supo. Todos veían en mí una muchacha... que era...

—No llores más, que se te está derritiendo el betún.

Corrió ella tras un biombo. Dijo:

—Espérame unos instantes. Me visto, y me quitaré todo este barniz.

—Eso es. Natural y tal como eres, nena.

La puerta se abrió, y Cornelius Van Lorn entró. Irguió la cabeza.

—¡Oh, perdón, perdón! Ignoraba, que...

Desde detrás del biombo, Hortense Lockgart dijo:

—Pase usted, Van Lorn. Sin cumplidos. Este joven atleta descarado, es como si fuera mi hermano. Un periodista de los que saben escribir. Bob Lark, te presento al señor Van Lorn, todo un

caballero a la europea.

Van Lorn tendió la diestra, que Robert Lark estrechó amablemente. Mientras encendía el cigarrillo ofrecido, razonó con frialdad, para disipar la naciente obsesión de que Cornelius Van Lorn «sabía...».

«No hay más que coincidencias lógicas. Yo he recorrido muchos rincones. En uno de ellos, conocí a Hortense. Hoy, en Lisboa, se reúne mucha gente de todas las nacionalidades. Hortense es muy atractiva, y Van Lorn la desea. Eso es todo».

Y en la conversación que siguió dio fe de su apodo. Lo estimaba el mejor método. Poblado su cerebro de máximas, recordó la adecuada, oída de labios de un cholo boliviano, borracho de chiboha:

«La mayor mentira es la escueta verdad».

—Su nombre no me es desconocido, señor Lark —dijo Van Lorn.

—Fui periodista corresponsal del «Herald».

—Ahora caigo. ¿Acaso ha venido para escribir algunos de aquellos reportajes directos, tan gráficos, que recuerdo de pronto perfectamente?

—Fui periodista hasta el 37. Ya no lo soy.

—Ah... Sería ya de suma indiscreción continuar...

—¿Por qué? La prensa lo publicó a todos los vientos. Maté a una mujer y a un amigo. Tuve la suerte de escaparme. Estuve tres años cambiando de escondites. Y por fin, me interné en México, logrando pasaje a bordo del *Clipper*. He llegado hoy, leí el periódico, vi el nombre de Flo, antigua amiga y aquí estoy.

—Gracias por la confianza, señor Lark. Procuraré igualarla. ¿Le interesan las antigüedades?

—Ni pizca. No entiendo y cierta vez, en un puerto chino, me colocaron un cacharro de barro que adquirí convencido de que era el pebetero en que se perfumaba los dedos un mandarín del año 600.

—Entonces, tal vez en mi tienda encontraría usted la enseñanza necesaria.

—Mi personal idea es que las antigüedades pertenecen a otros tiempos.

—Usted vive de acuerdo con el ritmo diario, ¿no es así?

Hortense Lockgart salió de su tocador, convertida en una

hermosa muchacha de saludable apariencia, muy distinta a la sofisticada y excitante estrella de revista.

Van Lorn, muy exquisitamente, se inclinó para besarle la mano.

—Me tranquiliza saber que el señor Lark suscita en usted, Flo, instintos fraternos.

—¿Y cómo lo sabe? —rió ella.

—Porque aparece usted sin artificios. Y realmente, no sé cómo es más peligrosa. Me agradaría aceptasen mi invitación a una cena fría en mi casa.

Trató ella de disimular su contrariedad. Replicó Lark:

—Es preferible que sepa, señor Van Lorn, que mi compañía puede perjudicarle.

—¿Sí? ¿Cómo?

—El consulado norteamericano puede causarle molestias, tratando de averiguar las razones por las que usted invita amistosamente a un hombre que como yo, es un perseguido acusado de asesinato.

—La opinión pública y legal está muy por debajo de mis propios sentimientos. Me agradan los hombres sinceros. Es cualidad más rara que encontrar un verdadero Stradivarius.

Bostezó Hortense Lockgart. Y experimentó cierta desilusión, cuando en el interior del coche, vio que la recién presentada Glenda parecía atraer a Robert Lark.

«Pase lo que pase, ha de quedar fuera Hortense», pensaba Lark, mientras de buen grado se prestaba a la insinuante conversación entablada por Glenda.

En la suntuosa casa, amueblada con buen gusto, en los dos pisos superiores a la tienda de antigüedades, y tras banales frases, anunció Hortense su propósito de retirarse, pretextando cansancio.

Denegó el ofrecimiento de acompañarla que formuló Van Lorn, esperando en vano que Lark se ofreciera para ello. Aceptó como mal menor la indicación de Van Lorn de que la acompañase Glenda.

Y solos los dos hombres en una salita estilo oriental, donde todos los detalles eran legítimos, Robert Lark sonrió. Tenía al alcance de su mano al hombre que había venido a buscar... y tenía también la certeza de que no podría salir con la misma facilidad que entró.

Una frase de Van Lorn le hizo percibir la repentina humedad que cubrió sus palmas. Pero su semblante siguió naturalmente expresivo

en su descarada, indiferencia.

—... por sus tiempos de boxeador conocido, debió usted relacionarse con figuras del deporte de aquella época. Por ejemplo. Denis Carter.

—Un buen luchador, honesto y científico. Naturalmente, hace tiempo que no sé de él.

—Está aquí, en Lisboa.

—¡Diablos! Me gustada tomarme una copa con él.

—Tal vez le proporcione la ocasión. Conocerá usted también a un tal Ben Poluski.

—Durante los tres años que anduve escondido, hice lo posible por toparme con él. Pero parece que la tierra se lo haya tragado.

—Por lo visto, un buen amigo suyo.

—No hay nadie en el mundo a quien tan ardientemente desee yo abrazar como a Ben Poluski...

—No hay en sus ojos un afecto muy tierno, Lark.

—Es que no he terminado de hablar. Doy lo que me queda de vida, por estrujar las costillas al gorila de Poluski, pero antes sabrá él que jugarme a mí una mala pasada, es exponerse, a una segura muerte.

—Lo creó. ¿Y qué le Hizo Poluski?

—Se lo diré cuando cace a Poluski. Lo que si ahora puedo anticiparle, Van Lorn, es que he venido a Lisboa enviado por una turba de locos ingenuos, que me tomaron por un imbécil sentimental. No lo aclaré delante de Flo, porque las mujeres son unas charlatanas. El caso es, amigo Van Lorn, que he venido con la misión de embalarle, a usted limpiamente sin roturas, como un objeto precioso y frágil, y llevarle sano y salvo a Nueva York. ¿Qué le parece?

CAPÍTULO VI

La Roma de la Península Ibérica, Lisboa, con sus siete colinas, y extendiéndose en terrazas, por el estuario del Tajo, tiene a corta distancia el aristocrático barrio de Belem, cuya iglesia de Santa María fue construida en 1.500 para conmemorar el descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza por Vasco de Gama.

La historia de Portugal iba siendo asimilada por Denis Carter, que se reponía de su magullamiento general en una clara habitación aséptica cuyo gran ventanal enrejado daba a un jardín riente.

No comía por sus propios medios, ni podía volver las hojas de los libros a su disposición, así como tampoco era él quien manejaba los botones de mando del aparato de radio sobre la mesita de noche.

Para todos los menesteres era asistido por una eficaz enfermera alemana, que era la que leía, le daba de comer, y manipulaba la radio atendiendo sus peticiones.

Denis Carter tenía, los brazos inmovilizados por la recia tela de una camisa de fuerza.

Hacía exactamente ocho días que, sin sentido, había sido transportado, para despertar metido en la camisa de fuerza, y tendido en la alba cama que ahora ocupaba, mientras *Fraulein* Erika, sentada cerca del lecho, leía la historia de la antigua ciudad de Belem.

Denis Carter había optado por no preguntar nada, ante la estólida actitud de condescendiente conmiseración de la *Fraulein*.

Aquella mañana, el día era tan soleado y primaveral, que Denis Carter, cuyo rostro iba deshinchándose, sintióse casi contento de vivir.

—No lea más, *Fraulein*. Quiero dormir un poco.

Ella, con fría sonrisa, se levantó, sujetando a los sólidos barrotes de la cama, la correa que unía las mangas de la camisa de fuerza.

Salió de la habitación, que era en todo igual a cualquier dormitorio particular de una clínica.

Acostado sobre el lado derecho, porque el costado izquierdo lo tenía aún resentido, si bien las rotas costillas iban soldándose, Denis Carter fue pensando.

Por la ventana divisaba perfectamente la alta torre de San Vicente, que en el promontorio de Belem, es el primer punto que aperciben los pasajeros de los buques que penetran en el estuario de Lisboa.

La casa no era una clínica, si bien le atendió solícitamente, en silencio, un médico experto. Debía ser propiedad de Van Lorn...

Pensando en el atildado sádico, Carter reprimió una imprecación. Era imposible que nadie pudiera odiar como él odiaba al yanqui-holandés.

Ni siquiera odiaba con la misma fuerza a Ben Poluski, el cual había avistado varias veces, paseando por el jardín, en compañía de otros dos sujetos mal encarados.

¿Cuál era el tétrico negocio al que se dedicaba Van Lorn? ¿Qué significado tenían los extraños muñecos?

Cerró los ojos, abismado en angustiosas reflexiones. Los abrió, sin saber el tiempo que había pasado, cuando en su costado aún doliente, se hundió un dedo brutal.

—Hola, Poluski.

—Hola, Carter. ¿Qué tal ese cuerpo?

—Todo va encajando.

—Encaja pues la noticia que vengo a darte.

—Si he encajado tus golpes, una noticia, sea la que sea, me parecerá la caricia del ala de una mariposa.

—Hoy vendrá a visitarte Cornelius Van Lorn. Dile claramente lo que él desea saber y me evitarás el propinarte otra paliza.

—Yo no puedo inventar para daros gusto, Poluski.

—Escucha, idiota. Te ha tocado bailar con la más fea. A los otros que te precedieron, el barón les dio muerte, después de una pequeña sesión de tortura. Descansan ya. Pero contigo ha decidido un programa de fiestas más paciente. Los entreactos son tu estancia en la cama. Los actos, paliza tras paliza. Aunque creo que esta vez habrá una modificación.

Denis Carter crispó el rostro en mueca tan patética de presentido

dolor furioso, que otro ser humano que no hubiese sido Poluski, habríase sentido conmovido.

—Por lo que más quieras, Poluski. Márame... y me harás un favor. Ya que os empeñáis en que yo...

Un violento manotazo en revés salpicó la almohada de sangre que brotó de los labios de Denis Carter.

—¿Has oído hablar de astillas de madera muy pequeñas y afiladas introducidas entre la uña y la piel? ¿Has oído mentar el fósforo encendido dentro de la oreja? ¿Sabes lo divertido que resulta una hojilla de afeitar cortándote las encías?

—Tanta monstruosidad es increíble, Poluski.

—Habla, y te las evitarás. Volveré al atardecer.

A solas, Denis Carter lloró copiosamente, sin contenerse. Recordaba los prados húmedos de su Virginia natal, el idilio en los pajares, el olor a heno y manzanas de la campiña...

Ben Poluski penetró en uno de los salones de la torre de campo propiedad de Van Lorn.

Esperaban dos mujeres, un hombre canoso y un niño. Unos seres que parecían haber atravesado un infierno y haber alcanzado los umbrales de la gloria.

El repulsivo aspecto de carnicero de Ben Poluski, se les antojó celestial promesa de futura paz.

—¿Y el señor Van Lorn? —preguntó una de ellas, con gutural acento.

—Está al llegar su secretaria. Paciencia, amigos —dijo, amablemente, Ben Poluski.

Salió, y poco después, Glenda entraba. Estrechó las manos de los cuatro visitantes, acariciando la cabeza del niño rubio, cuyos ojos reflejaban hambre y miedo.

—Bien, instálense cómodamente, y usted, señor, explíqueme detalladamente su fuga. Así podremos reunir datos que nos permitirán, facilitar más huidas a los pobres seres que en Holanda gimen bajo el yugo nazi.

Hablaba en holandés, y sus palabras provocaron radiante alegría en los tres semblantes, mientras el niño seguía abrazándose asustado a su madre.

—Me llamo Hans Verdoem. Ésta es mi esposa, mi madre y mi hijo. Mi hermano murió luchando contra los nazis. Yo conseguí

ocultarme con esta mi familia, reuniendo toda mi fortuna. Y supe que otros se habían fugado, logrando, aquí en Lisboa obtener del filántropo señor Cornelius, pasaje para la Guáyala holandesa y trabajo a la llegada. Otras muchas familias esperan huir, cuando reciban noticias nuestras. Saben que el señor Cornelius puede facilitarnos el medio de comunicar secretamente con ellos.

Habló incansablemente el evadido, mientras Glenda iba tomando notas taquigráficas.

Después quedaron confortados y tranquilos, en una espaciosa habitación que una cortina dividía en dos, con cuatro camas, Morton, un secuaz de Poluski, que actuaba de chófer, ofició de camarero sirviendo una espléndida comida a los que se consideraban ya a salvo de todo terror.

El rostro tosco, pero abiertamente viril del canadiense Morton, suscitó en el evadido, una frase que condensaba toda su esperanza:

—Ahora ha terminado la pesadilla. Las tinieblas de la noche se han disipado —y sus frases no encerraban retórica grandilocuente.

* * *

La distancia que separaba a Van Lorn de Lark, sentado frente a él, era de unos dos metros.

Al oír la inesperada declaración, el monóculo se desprendió de la órbita del anticuario.

Pero antes de que replicase, Robert Lark prosiguió:

—Me facilitaron la huida y, naturalmente, yo dije que sí a todo. Pero a mí me tienen sin cuidados ellos, usted y Lisboa. Mi intención es obtener algún dinero pronto y largarme al Sur de África. Allí no hay policías molestas. Pero claro, no me iré sin antes haber saludado a Ben Poluski. ¿Está todo claro?

—Deliciosamente claro. Siempre he admirado la rectitud comercial de mi tierra de adopción. Vamos a ver, Lark. Estamos solos. ¿Qué le impide cumplir con lo que le encomendaron?

—Usted se hará pronto cargo. ¿Yo, qué salgo ganando metiéndome en turbios laberintos? Estamos solos, y antes de que mueva usted un dedo, o abra la boca para gritar, ya le he atizado un buen gancho mandándole al país de los sueños. ¿Y qué? Tengo que sacarle de aquí, sacarle de la ciudad, transportarlo... ¿Y luego? Allá me darán las gracias, algunos billetes, y me mandarán a jugarme el

pellejo en otro berenjenal. Yo he estado jugándomelo tres años seguidos. Necesito reposo y sólo hay para mí una persona interesante en todo el mundo, y esta persona soy yo mismo.

—Ahora sé por qué le llaman «El Agresivo». Pero no sólo tiene usted buen aspecto, sino un cerebro prácticamente inteligente. Puedo facilitarle el dinero que precisa. ¿Cuánto?

—Necesito diez mil dólares.

—Mucho es, pero tiene usted una mercancía que los vale.

—Pero no cojo un solo billete, si antes no le he metido mano a Ben Poluski.

—Ben Poluski me ayuda mucho. Claro que, últimamente, tiene ciertas ínfulas y se cree insubstituible, con sus cuatro pistoleros. Guarda muy bien mi casa de Belem, y puede usted visitarle allá. Pero antes, ¿no le parece que haría más a gusto el viaje si encima llevase usted los diez mil dólares? Tengo precisamente en caja una suma aproximada. Creo que unos doce mil. Suyos.

—Tanta generosidad me abruma.

—No es filantropía, sino un cambio. Acaricio ciertas ilusiones con respecto a la señorita Merrivale, y no me disgustará que esté usted cuanto antes en el África del Sur. ¿Puede decirme qué asunto le encomendaron, aparte de embalarme, como ha dicho?

—Descubrir a un dibujante que se dedica a hacer unos muñecos estúpidos. Los clásicos muñecos que hacemos a los diez años. Un redondel para la cabeza y rayitas para cuerpo y extremidades.

—¿Qué más?

—No estropearle a usted, para que llegue en buenas condiciones.

—¿Quién?

—Un tipo que no me dijo su nombre, pero que tiene medios para burlar a la policía federal. Me dijo que era el departamento de la «OSS» y que habían, perdido ya cinco fichas en el juego contra el as que es usted. Yo debía ser la sexta ficha, pero, se equivocaron de número conmigo.

—Altamente provechoso nuestro encuentro, Lark. Yo creo que hay un servicio que pagaría bien sus trabajos.

—No, amigo. Usted comprenderá que salgo de estampía lejos de la «OSS» y no me voy a meter en otra compañía fúnebre que se escude bajo otras tres letras.

El brutal cinismo de Robert Lark, encantó a Van Lorn. Se levantó

para acercarse a un cuadro, cuya postura alteró; quedó entonces al descubierto un rectángulo de acero, con una llave giratoria, en la que manipuló.

Extrajo un fajo de billetes, que tendió a Lark.

—Cuenta.

Los sacudió Lark, como si fuera un abanico.

—Doce de mil. ¿Qué más se le ofrece, Van Lorn?

—Desista de su propósito de visitar a Poluski. No me opongo. Es simplemente un consejo. Venga a verme mañana en la tienda, hacia las once. Le tendré preparado el pasaje en un buen barco. ¿Dónde se aloja?

—No he podido ir a hotel ninguno. Comprenderá que no me interesa firmar falsamente en ningún registro de hotel.

—Vaya a la Rua Garret, número 16. En la buhardilla del último rellano, hay una puerta con una tarjeta a nombre de Julio Goynaz. Dele este cigarrillo y pídale de mi parte una cama.

El cigarrillo larguísimo, tenía una boquilla de cartón, donde las iniciales en oro «

V-L

» se entrecruzaban en arabesco artístico.

—Agradecido, barón —sonrió Lark.

—A usted, amigo. Hasta mañana a las once. Le acompañaré.

Robert Lark salió del piso, descendiendo delante Van Lorn las escaleras que conducían a la tienda. La atravesaron hacia una puertecita lateral, que abrió Van Lorn.

Volvió a cerrarla al salir Lark, y durante unos instantes estuvo acariciando diversas figurillas que se alzaban sobre pedestales.

Por fin, se dirigió a un rincón de la tienda, entrando en el abierto compartimiento de cristales.

Marcó unos números en el disco giratorio del teléfono.

La respuesta tardó y fue una voz malhumorada la que gruñó:

—¿Qué pasa?

—Muchas cosas, Julio.

—¡Ah, perdóneme, señor! No sabía que era usted. ¡Mil perdones!

—Y la voz era humilde y obsequiosa.

—Irá a verle un sujeto llamado Lark. Le dará un cigarrillo. Pedirá en mi nombre, cama. Invítele a fumar otro cigarrillo... de los especiales. Lleva doce mil dólares. Dos son para usted. El resto me

lo traerá mañana a la tienda. Cuando Lark quede dormido, llévele a Belem, y entréguelo a Poluski. ¿Entendido todo?

—Perfectamente, señor. ¿Comunico con Poluski?

—No es necesario. Ya nos veremos mañana, a las once, en mi tienda. Dígale tan sólo a Poluski que le llevará un paciente para que repose junto a Denis Carter. Nada más.

Colgó Van Lorn. Dio vuelta... y quedó suspendido en el aire. En su garganta, la diestra de Robert Lark se engarfiaba, quitándole la respiración...

Semejó un pelele suspendido en el aire. Manoteó pero no alcanzaba al rostro de su adversario.

—Tú abres el cotillón, Cornelius. Y es lástima que no presencias el resto del baile.

El puño izquierdo de Lark chocó limpia y científicamente contra la punta del mentón de Van Lorn, que se desmadejó.

Abrió Lark la diestra en gesto de asco y Van Lorn desplomóse como un fardo algodonoso.

Inclinóse Lark quitando del *smoking* el pañuelito de seda, con el que hizo una mordaza. Después rasgó la tela de los pantalones, ayudándose con un cortaplumas. Hizo tirillas, con las que en nudos que le había enseñado un marino noruego, rodeó los tobillos y muñecas de Van Lorn.

Sólo cuando hubo terminado esta tarea, se calzó de nuevo los zapatos, yendo a recogerlos junto al umbral de la trastienda.

En la penumbra del amplio establecimiento miró hacia, la trastienda, por cuya puerta y valiéndose de las aceradas y diminutas ganzúas del cortaplumas, había entrado.

Era aquel lugar destinado a almacén y acondicionamiento de cajas que, conteniendo preferentemente tallas de imagería, se enviaban a muy diversos puntos del mundo.

Los cajones de embalar, que llevaban etiquetas de destino, y algunos presentaban ya el sello de la Aduana, poblaban la trastienda. Regresó junto a Van Lorn, que estaba recuperándose del desvanecimiento producido por el seco y contundente golpe.

—Creí haberte inspirado total confianza, Van Lorn —fue diciendo, mientras le registraba los bolsillos—. Y me interesaba, para esperar tu reacción. Pero oí que no te fías ni de tu sombra. Sería acaso porque deseabas salvaguardar a Poluski. El caso es...

que esta pitillera es magnífica. Me la guardaré como recuerdo tuyo.

La pitillera, extraplana y alargada, era de platino y en el interior tenía grabadas unas palabras latinas: *Nome impune me laccessit* (Nadie me hiere en vano).

—Las «Detective magazine» tienen razón al afirmar que lo más difícil es hacer desaparecer el cuerpo de la buena acción.

Media hora después, Robert Lark cerraba cuidadosamente por fuera la puerta de la trastienda.

Se palpó, satisfecho la pitillera que llevaba en el bolsillo superior izquierdo de la americana.

—Rue Garret, 16 —dijo—. Julio Goynaz.

CAPÍTULO VII

Julio Goynaz, al oír llamar en la puerta de su estudio, se miró en uno de los numerosos espejos que alternaban entre cuadros por las paredes de la gran nave.

Revolvióse un poco el cabello, y manteniendo los párpados entrecerrados, abrió.

—¿El señor Julio Goynaz? —preguntó Lark, en inglés.

—Yo mismo. ¿Qué se le ofrece?

—Darle este cigarrillo como tarjeta de presentación.

Por la entreabierta puerta pasó el brazo Goynaz, cogiendo el cigarrillo emboquillado y con iniciales.

Terminó de abrir, y en gesto amplió señaló el interior.

—Está usted en su casa, señor Lark.

—Van Lorn me indicó que le pidiera a usted albergue para esta noche.

—Poseo tres confortables camas turcas. Elija la que encuentre más cómoda. Me parece haberle visto esta noche en el teatro Luxor en compañía de un amigo mío.

—Efectivamente fui, al Luxor. Me acompañaba Jaime Piñeiro. Le pedí que me sirviera de amistoso guía. ¿Sus obras?

Eran acuarelas melifluas, detallistas, sin vigor... Estaban sostenidas sobre maderos verticales, por cantoneras de las empleadas en los álbumes fotográficos.

—Son encargos. Trabajo para marchantes y alguna revista. Por esto, Jaime me llama Judas. Dice que traiciono el arte. Pero hay que vivir, ¿no es cierto? Y usted, como americano, compartirá mi punto de vista.

Fue Lark desfilando por delante de los maderos verticales. Ninguna de las acuarelas estaba terminada. Las había esbozadas, sin más que un color; otras, mediadas...

Se detuvo ante un cartel que representaba a un niño que con

unas tijeras recortaba una tira de papel, de la cual iban saliendo muñecos de elemental trazo.

Exactamente los mismos muñecos que intrigaban a la «OSS».

—Es curioso —comentó Lark—. Da la sensación de puerilidad. La obra de un niño.

Sonrió Goynaz, sinuosamente...

—No es obra de un niño. Es mixta. Yo dibujé el chico y el fondo, así como los detalles, pero los muñecos, no. ¿Quiere un cigarrillo?

—«Okey». No tengo sueño aún y ya que le he despertado podemos charlar.

Sentóse Lark en una cama turca y frente a él, en un taburete, Julio Goynaz le ofreció un voluminoso encendedor redondo, cuya llama era alargada.

Aspiró Lark, con deleite:

—Buen tabaco. ¿Portugués?

—Es una mezcla mía. ¿Y qué opina de Jaime?

—Un buen muchacho. Indeciso, quiere idealizar, pero la vida le obliga a mercantilizarse.

—Es nuestro problema. Barajamos los colores, no a nuestro gusto, sino por mandatos ajenos, por vital necesidad. El arte puro sucumbe ante el empuje de la masa que, sin discernimiento, impone sus gustos.

«Un pedante», pensó Lark, a la vez que cabeceaba después de otra prolongada aspiración de humo.

Sonrió:

—Su mezcla parece que me da sueño.

—Hay un poco de opio, pero menos nicotina que en el tabaco rubio de miel que fuman ustedes. Por mi no se preocupe. También tengo sueño, y con su permiso volveré a meterme entre sábanas.

Se quitó Goynaz el batín de seda granate, apareciendo en pijama de grises tonalidades.

—¿Una copa de algo? ¿O tal vez algún emparedado?

—No, gracias... Dormir... —dijo, estropajosamente, Lark.

Se tendió en la cama turca que había elegido junto el teléfono. Respirando por la boca entreabierta, roncó cuidadosamente.

Pasaron unos minutos. Julio Goynaz se levantó, pisoteando la colilla que había caído de manos del durmiente.

A la vez, inclinándose, registraba los bolsillos de los pantalones.

—Estos yanquis... —murmuró con desdén, al sacar el rollo de billetes de mil.

Movióse levemente Lark. Julio Goynaz le dio una bofetada... Lark siguió roncando, después de emitir unos ruidos parecidos al hocicar de un cerdo.

Se acercó Goynaz al teléfono y marcó unos números, que Lark apuntó mentalmente, mirando a través de las entornadas, pestañas.

—¿*Fraulein* Erika? —preguntó Goynaz, y en inglés prosiguió—: Bien, si duerme no la despiertes, Morton. ¿Quieres llamar a Glenda? ¿Duerme también? Entonces, dime a qué hora podéis mandarme el camión. ¿A las once y media? Bueno, adiós...

Colgó Julio Goynaz... y con rápido gesto avanzó los dos puños. Un gesto que obedecía a dos reflejos instantáneos: miedo de repentina sorpresa, y defensa atacante.

Pero en pie Robert Lark se limitó a esquivar con matemática precisión, estampando a la vez su zurda en el estómago de Julio Goynaz, que se inclinó hacia adelante. Rehaciéndose rápidamente el cómplice de Van Lorn asió una larga espátula que proyectó contra el cuerpo del que, en salto lateral, le levantó el rostro de un corto «uppercute» en la mandíbula.

Cuando Julio Goynaz despertó, se encontró sentado en el taburete. Tenía libres manos y pies y esto le produjo más temor que si estuviera atado.

En pie delante de él, casi rozándole, Robert Lark, endurecidas las facciones, le miraba, masticando goma...

Un gesto de rumiante que agudizó el temor en la supersensible mentalidad del dibujante.

—He recuperado los doce grandes que me querías limpiar, Julio. Tengo por vieja costumbre no fumar más que mis propios cigarrillos. Pero para no desairarte acepté el que me dabas, cambiándolo por uno mío, mientras me sentaba en la cama turca. ¿Por qué fingí amodorrarme? Hubiera dormido hasta que te acercases al teléfono. Ahora, vamos tú y yo a entendernos. Éste es un cuarto piso. Si sales por la ventana, te estrellarás. Y los colores que dejarás impresos en el suelo, no serán del gusto de la masa que no sabe discernir.

Boqueó julio Goynaz intentando aspirar aire. La indolente actitud del que masticaba chicle, le crispaba los nervios...

—Me dijo el señor Van Lorn que usted era... un ladrón que acababa de quitarle...

—Mira, Julio, no te mondes el seso. Estoy al cabo de la calle. Van Lorn, a estas horas está comiendo malvas por las raíces. Le maté apenas te telefoneó. Claro, él creía que yo me había ido. En el corredor están apostados dos compañeros míos. Y abajo en la calle, otros dos. Desean que te quite de en medio para poder ir a dormir. Pero yo tengo algo mejor que ofrecerte.

Sobre una mesita cercana estaban los doce mil dólares.

Los señaló Lark con el pulgar.

—Aunque Van Lorn está muerto, yo puedo ser su albacea. Tendrás tus dos billetes de mil, con sólo decirme quién dibujó aquellos muñecos.

—¡Jaime Piñeiro!

—Muchacho, muchacho... —reprochó amablemente Lark, mientras la palma de su diestra se colocaba bajo la barbilla de Goynaz, y con el filo de la zurda le aplicaba un golpe seco en el caballete de la nariz. Saltaron lágrimas de los ojos de Julio Goynaz —. No seas avestruz. Vas a pender dos mil dólares y darás un salto mortal por la ventana. ¿Qué significan y quién dibujó los muñequitos?

—No sé...

—Antes dijiste que era una obra mixta.

—¡No sé lo que significan! Los dibujó Glenda Douglas, la secretaria de Van Lorn. Era un cartel destinado a una Feria de Muestras en la ciudad de Zurich.

—Te has ganado mil. Vamos a por los otros mil. ¿Cuánta gente hay en la casa adónde acabas de telefonar?

—Glenda, *Fraulein* Erika, Ben Poluski, Morton, Palmers y Levin. Es el chalet de Van Lorn, en el barrio de Belem, en el cruce de la carretera de San Vicente con la de los Jerónimos.

—¿Y qué hacen allí?

—Proporcionan pasajes y trabajo a los evadidos de las zonas ocupadas, por los nazis.

—¿Tú, qué pintas, aparte de estas pitas?

—Me empleaba Van Lorn en trabajos de poca importancia. Últimamente yo debía seguir todos los pasos de Flo Merrivale, de la que Van Lorn estaba enamorado.

—Vamos a dormir, Julio. Mañana a las once y media pasará a recogerme el camión. ¿Quién lo conduce? Contesta. No te quedes ahí pasmado, como si te estuviera yo hablando en portugués.

—Lo conduce Morton. Le acompaña Levin.

—Te has ganado los dos mil, pero como quiero evitar que competas alguna imprudencia fatal, te ataré en la cama. Si gritas o intentas escapar, saldrás por la ventana. Si te quedas durmiendo como un chico bueno, yo también podré dormir y mañana, a las once y media tendrás ocasión de ganarte otros mil dólares más. No creo que el difunto Van Lorn fuera tan generoso.

Estaba ya atado en la cama Julio Goynaz, cuando la puerta se entreabrió, y el que entraba se adosó a la puerta.

—Quieto, Lark.

Volvióse Robert Lark para verse encañonado por una pistola, en cuyo cañón había un tubo silenciador.

Jaime Piñeiro sonreía, mientras secamente repetía:

—Quieto, Lark. Disparo mejor que dibujo. Hola, Judas; creo que he llegado a tiempo, ¿no?

CAPÍTULO VIII

Ben Poluski se dirigió al garaje donde Morton y Levin, sentados en la cabina del camión, parecían aguardar a alguien.

—Son ya las once y cuarto Poluski —indicó Morton.

—¿Qué te dijo Julio que tenías que ir a buscar?

—No dijo más que a las once y media mandáramos el camión.

—También es extraño que no me haya dicho nada el barón. Le telefoneé, pero por lo visto, se fue a hacer uno de sus pequeños viajes. Glenda no sabe dónde está, ni la chica de la tienda. Puedes largarte, Morton. Y tú, Levin, inspecciona lo que se carga.

—Como siempre, patrón.

Fraulein Erika, rubia matrona de desvaídos ojos claros y cabello apagado, vigorosa y de rostro bovino casi inexpresivo, terminó de dar la comida a Denis Carter, llevándose la bandeja.

En el despacho, miró a Glenda Douglas, que estaba pasando a máquina los apuntes taquigráficos. Esperó...

Quitó Glenda del rodillo la hoja mecanografiada, que tendió a la alemana. Ésta lo leyó despaciosamente.

—No creo que digan más, ni sepan más. Puedo preparar el baño.

Asintió Glenda con un parpadeo de gatita viciosa. La matrona, levantándose, se dirigió a una sala vecina de la ocupada por Denis Carter.

Había una bañera de dimensiones cuatro veces mayor que lo normal. Abrió un armario, de donde extrajo unos bidones.

Al entrar había cogido unos guantes de malla de acero recubriendo un cuero recio, que se calzó.

Vertió el contenido de tres bidones en la monumental bañera. Abrió el único grifo, y el agua, al caer pareció hervir.

Un intenso y nauseabundo olor a huevos podridos invadió la sala de baño. *Fraulein* Erika se dirigió hacia el comedor.

Hans Verdoem, las dos mujeres y el niño, dormían

profundamente, narcotizados por los manjares que habían devorado con placer.

Fue registrando las ropas de los durmientes. Iba amontonando cuanto encontraba encima de la mesa, donde también vació el contenido de las dos pequeñas maletas, único equipaje de la familia evadida.

Las joyas refulgieron. Costumbre ya usual. Los que hallaban el medio de evadirse, invertían todo el dinero y el que obtenían de la venta de sus propiedades, en joyas de fácil trueque.

Brillantes y diamantes montados en platino y oro. Era impresionante la frialdad mecánica, con que *Fraulein* Erika, moviéndose entre los cuatro durmientes, iba amontonando el fruto del metódico saqueo.

Resultó grotescamente trágico su manejo de una pequeña balanza, donde manipuló, para formar dos montones con las joyas.

Después, escribió la exacta relación de los objetos hallados. Cogió por los sobacos a Hans Verdoem, para arrastrarlo hacia el baño de ácido.

Encima de la mesa, estaba la carta que, espontáneamente y con entusiasmo, había escrito Hans Verdoem a unos amigos de La Haya, diciéndoles que en Lisboa, y gracias «al bendito y humanitario Cornelius Van Lorn», hallarían trabajo y pasaje para la Guayana holandesa.

De pronto, soltó al inerte narcotizado, corriendo hacia el vestíbulo. El silbido que acababa de oír, y la ronca imprecación que brotó en eco, no eran normales ruidos en aquel antro de perversidad y tortura.

* * *

—Quédese donde está, Lark —dijo, con cierto nerviosismo, el dibujante callejero—. Cualquier movimiento que haga lo interpretaré mal, y dispararé. Le advierto que tengo pánico y en estas condiciones, si aprieto el gatillo, seguiré descargando balas como un loco...

—¡Suéltame ya, Jaime! —chilló Julio Goynaz, intentando en vano liberarse de sus ataduras, que le mantenían tendido en la cama turca.

Robert Lark estaba en pie, a la cabecera de la pequeña cama.

Distaba unos ocho pasos del lugar desde donde Jaime Piñeiro, pálido, le apuntaba, observándole fijamente.

—¡Tira ya, Jaime! —graznó Goynaz.

—Entre los dos se están alterando los nervios. ¿A qué se debe su aparición, Piñeiro?

—Es largo de explicar, y trato de ver la forma en que pueda yo hablar sin peligro para mí.

—Usted es el que tiene la pistola, no yo.

—Pero yo no soy el famoso *gángster* Bert Lark —sonrió, sin ganas, Jaime Piñeiro—. Vaya quitándole los nudos a Judas.

—¡No! —gritó Goynaz— ¡Haz que se aparte...! Dile que se vaya allí, junto al muro liso entre los cuadros. Si me pone la mano encima, dispárale, Jaime. ¡Me emplearía como parapeto! Eso hacen allá...

—Chillamos como ratas asustadas —comentó Jaime Piñeiro—. Pero tienes razón, Judas. Váyase andando con tiento hacia el lado derecho, Lark, ¡venga!

Comprendió Lark que el mismo nerviosismo provocaría en el dibujante un espasmo de su dedo sobre el gatillo. Obedeció, pensando que siempre tendría tiempo de actuar, cuando intentasen atarlo..., a menos que el gallego disparase, en cuyo caso debería decidirse a todo.

Distaba ahora siete pasos de la cama, hacia donde se dirigió Piñeiro, que, sin cesar de apuntarle, hurgó con la zurda en los nudos que mantenían preso a Julio Goynaz.

Cuando el portugués estuvo libre se abalanzó hacia una mesa, de cuyo cajón extrajo una pistola.

—¡Quieto, Julio! —conminó el otro—. Antes hemos de hablar. Está bien que le tengas enfocado. Así podré descansar. Se me estaba agarrotando la muñeca. ¡Siéntese en el suelo, Lark! ¡Pronto!

Obedeció el americano. Entonces, bajó la diestra Piñeiro, mientras el otro dibujante, sentándose en la cama, no cesaba de apuntar con malévola expresión a Robert Lark.

—Tú sabes que yo tengo vista, Julio. Cuando vi a este tipo, comprendí claramente que era el *gángster*. Se veía en sus ojos, en sus rasgos, en su andar. Le rocé, y llevaba una pistola en el costado izquierdo. Si acerca la mano al pantalón, fríele a tiros. Esta noche, cuando me preguntaste por él de parte de Van Lorn, pensé que por

mi cuenta podía yo vigilarle. Les vi salir del teatro, y dirigirse a la tienda y domicilio de Van Lorn. Vi salir poco después a Flo Merrivale y a Glenda, tu adorado tormento, Julio. Seguí espiando. Le vi salir a éste, y vi como Van Lorn cerraba la puerta desde dentro. Después, éste, hurgaba con su cortaplumas en la puerta de la trastienda, entrando. Entonces, con más miedo que nunca he pasado, me acerqué a las cristalerías. Le vi aporrear a Van Lorn...

—Lo ha matado —dijo Goynaz, sombríamente.

—No, por lo visto, debe proponerse algo más serio. El caso es que metió a Van Lorn en una de las cajas donde se embalan las tallas de santos, que son enviadas al Brasil. Después salió, y vino hacia acá. Pude liberar a Van Lorn, que me dio esta pistola, y a toda prisa vine aquí. He llegado a tiempo. Van Lorn está conmigo como si yo fuera su ángel de la guarda. No tardará en venir con refuerzos. Prefiere que Lark esté vivo cuando llegue.

—Entonces, ya eres de los nuestros, Jaime. ¡Vuélvase de espaldas! —conminó Goynaz.

—¿Para atarlo? —murmuró Piñeiro—. No, hijo. Yo no le ato, y si lo haces tú, te verás en un aprieto. Este tipo no se dejará atar. Lo tenemos más seguro así...

—Bueno.

Los dos dibujantes no dejaban de mirar ni un solo instante al que, sentado en el suelo, estaba preparado a todo. Robert Lark, dura la expresión, miraba fijamente hacia el techo.

—Ha dicho Van Lorn que me dará un buen empleo, Julio.

—Te lo has ganado. Este tipo se interesaba por quien dibujó los muñecos. Le dije que eras tú.

—¿Yo? Pero si fue Glenda... Oye: ¿y qué os traéis entre todos?

—Los evadidos de Holanda... Bueno, éste nos escucha.

—¿Y, qué? No lo repetirá. Por más *gángster* que sea, esta vez no lo salva ni la caridad cristiana. Habla, Julio, porque él silencio me pondrá nervioso.

Rió Goynaz, que, acercándose a un mueble bar, pero andando de lado y sin perder de vista a Lark, sirvióse en un vaso alto un chorro de *whisky*, y bebió ansiosamente, mientras Piñeiro repetía:

—Hablemos, caray. No me gusta el silencio, con ese *gángster* mirando el techo. Pretende aprovecharse de la menor distracción.

—Somos dos pistolas y está a bastante distancia. Ni en las

películas de esta clase se escaparía uno que estuviera como está él. Como te decía, los evadidos de Holanda, apenas tocan en Lisboa, vienen a ver a Van Lorn, al que creen su paternal salvador. Éste los recoge, ellos hablan cuanto saben, y después Van Lorn informa a los de la «Gestapo», que así capturan a todos los agentes del «Intelligence» y de la «F. B. I.» que están actuando en las zonas ocupadas, y que se ponen en contacto con los que se van a evadir, facilitándoles informes para que los transmitan.

—¡Vaya! ¿Y qué hacen allá en la casa de Belem con los evadidos?

—Algo que revolvería el estómago a cualquiera. Hay una alemana, *Fraulein* Erika, que prepara un baño de ácidos...

—¡Caray! Así, los que entran, no salen. Ahora comprendo por qué a veces te he visto con muchachas de inconfundible apariencia nórdica. Una vez te vi con una estampa de clásica granjera bien vestida. La metías en un *taxi*, hará cosa de un mes, saliendo del «Maxim's

».

—Era una tal Irma Bluem. Yo tengo por misión esperar las llegadas de trenes, barcos y aviones, para servir de guías a los que están anunciados. Generalmente llegan en tren, atravesando España... El caso es que Irma Bluem estaba ansiando oír música y ver gente tranquilamente bailando... La llevé al «Maxim's

». Parecía una niña... Después la llevé a Belem, y *Fraulein* Erika se encargó... ¿Eh? Pero ¿qué te pasa, Jaime? ¿Estás loco?

Jaime Piñeiro acababa de enderezarse. Parecía que sus ojos iban a saltarle de las órbitas... Crispadas las mandíbulas, gruñó:

—Cerdo..., cerdo..., cerdo...

El insulto brotaba de sus labios con el mismo seco silbido que del silenciador iban brotando balas...

Con el vaso en la mano, Julio Goynaz primero saltó, después se inclinó y por fin quedó sentado, roto el vaso entre los dedos... Estaba muerto, y su mirada tenía un definitivo asombro...

Jaime Piñeiro siguió apretando el gatillo, basta que, como mareado, se apoyó en la parte, oyendo que Robert Lark, tras él, decía:

—Un cargador sólo tiene seis balas, en las pistolas de este

modelo, amigo. Bébase un trago. Le hace falta. Ande, bébase un trago.

Cogióle por el codo, y dócilmente, como un cuerpo sin alma, Jaime Piñeiro se dejó conducir hasta el mueble-bar.

—Ya he resuelto el rompecabezas —murmuró, tenuemente.

Y bebiendo, entre pausas, repetía, la misma frase. Robert Lark echó una colcha sobre el cadáver sentado. Después regresó junto a Piñeiro. Le tocó en el pecho, y pareció que su índice despertara al dibujante de un letargo.

Jaime Piñeiro empezó a reír sin ruido, extraviada la mirada.

—Es el primer hombre que mato, Lark.

—Hable, y le aliviará. Usted mismo ha dicho que este hombre era un cerdo. ¿Qué pasa con Van Lorn?

—Sigue en la caja, y respira por los orificios que usted hizo en la madera con el punzón de su cortaplumas. Cuando éste... me preguntó por usted, yo decidí volver al teatro. Alquilé un *taxi*, y es cierto que le seguí los pasos, Lark.

Se interrumpió para beber de nuevo. Su mano ya temblaba menos...

—Hace tiempo que me intrigaba, Goynaz. Pero comprendí que preguntando nada obtendría. Era entonces simple curiosidad. Fui relacionando detalles. Por mi oficio, paseo por todas las terrazas. Y no fallaba. A la que llegaba un individuo, por el estilo de usted, americano, decidido, con expresión de dureza amable y confiada, bien Glenda o bien Goynaz, entraban en contacto con él. A veces era el propio americano el que les buscaba. Iban a Belem, y no volvían... Lo mismo sucedía con algunos refugiados... Y llegó Irma Bluem... Bueno, de esto que le diré hace cinco años... Yo me moría de hambre por las calles de La Haya. Irma Bluem me dio comida, y no como caridad, sino con gentileza. Me proporcionó trabajo... Cuando le vi a usted, no supe si Van Lorn se interesaba por sus pasos, a causa de Flo, o por otro motivo.

—Hablabas de Irma, amigo.

—Se la llevó... este cerdo. Ahora sé lo que pasó. Cárgueme la pistola, Lark. Me voy a Belem.

—Siéntese, y beba otro trago. Mañana usted y yo iremos a Belem. Ahora, a los dos nos conviene dormir...

—Tenía miedo, porque mientras afuera le escuchaba hablar con

Judas... fui comprendiendo que usted era del contraespionaje... Y que al aparecer yo, me jugaba la vida. Pero recordé los azules y buenos ojos de Irma Bluem... Entré, y jugué mi carta.

—Lo hizo estupendamente, Jim. El mismo nerviosismo se le contagió al ya de por sí sobresaltado Goynaz... Escuche. Yo he venido a llevarme a Van Lorn, y esto lo podemos dar por hecho. Ahora nos hace falta que Glenda Douglas venga conmigo y pueda explicar donde interesa el misterio de los muñequitos.

—No son obra de un dibujante, Lark... Fíjese bien en ellos. Son labor de taquigrafía. Una clave... Tengo sueño, Lark. Estoy embotado. Yo... es la primera vez que he disparado.

—Vamos a dormir.

—¿Aquí?

—Está conmigo. Y nadie nos molestará.

Echóse Jaime Piñeiro de bruces encima de otra cama. Sólo sus hombros se movían en sacudidas espasmódicas...

Cuando se quedó totalmente inmóvil, durmiendo profundamente, Robert Lark se tumbó de espaldas, fumando... Iba sintiendo unos feroces impulsos de matar, no ya sólo pensando en Ben Poluski y sus pistoleros, sino en la mujer que rellenaba con ácidos una bañera...

CAPÍTULO IX

—Las once, Jim. Había un hornillo eléctrico. Buena despensa. Café brasileño, carne frigorífica argentina, galletas inglesas, jamón de York... Frótese bien los ojos. Judas está bajo aquella cama. No le busque ni piense más en él. Era un reptil. No tardará en venir el camión que desde Belem manda Ben Poluski. Mejor será que usted se quede aquí.

—Soy miedoso, Lark, pero Irma Bluem era un ángel. Yo tengo que vaciar mi pistola contra la perra que...

—Tome café, Jim.

—Usted estará acostumbrado a jugarse la piel cada día. Yo, no... Me da escalofríos ver cómo actúa. Casi con indolencia de aburrimiento. Como si desde niño estuviera usted andando, a tiros y puñetazos con la humanidad entera.

—El café se enfría. ¿Se lo echo por Encima, para que deje de tiritar? Este jamón es espléndido. Y la mañana también. Cuando haya desayunado, vaya a la tienda. Así sabrá si, como espero, el cajón será transportado al «Beremontain».

—Pensó en todo, Lark. Tiene usted sangre de pez. El modo de descalzar a Van Lorn, para que sus zapatos no chocaran contra la madera... Cómo lo aseguró con las argollas que inmovilizan las tallas. Yo...

—Usted se desayuna.

Vorazmente comió el dibujante, después de haberse tomado tres tazas de café. Trató de sonreír cuando vio qué el reloj-pulsera de Robert Lark, de minuterio que abarcaba toda la esfera, iba describiendo círculos, mientras las agujas horarias marcaban las once y treinta y cinco.

—Yo le acompaño, Lark.

—No hace falta, Jim. Me estorbaría el tener que pensar en que no perezca un gran artista.

El dibujante miraba insistentemente hacia la puerta.

—Caben dos métodos —murmuró Lark—. O bien subirá uno de ellos a buscar el «encargo», o bien es Julio Goynaz el que tiene que bajar...

—Por su tono, parece que esté usted hablando de un partido de fútbol. El interior izquierda pasa al extremo, el cual avanza, y es zancadilleado por el extremo contrario. El árbitro pita...

—Así va mejor, Jim. No pegue un brinco cada vez que oiga una bocina. Son instrumentos poco musicales, que todos los coches llevan. Buena panorámica se disfruta desde aquí. ¿Conoce usted el camión...?

—Es una furgoneta color caramelo quemado. El mismo color que tiene el yate de Van Lorn, donde suele invitar a almorzar a Flo Merrivale. Un yate precioso.

—¿Un yate? Esto es interesante. ¿Qué marca es la furgoneta?

—Inglesa. Creo que «Hillman» —y los dientes de Piñeiro castañetearon, mirando a Lark, que, apoyado en la vidriera, miraba hacia la calzada, tecleando con los dedos sobre la falleba—. ¿Qué es lo que piensa hacer, Lark?

—Ross Morton acaba de asomar la cabeza, mientras parando el camión toca el claxon. Baja Abe Levin; Mira hacia arriba. No puede verme. Ha sido un gesto instintivo. Entra... Hace tiempo que deseaba ver a Levin. Tiene los ojos muy juntos y la nariz estrecha. Presume de judío, pero tengo la certeza de que sus abuelos fueron pieles rojas. Se marchó de los Estados Unidos porque en un garaje mató a la dueña de un *cabaret*, que no quería ser «protegida»... Ross Morton sigue al volante. Esto va bien.

Jaime Piñeiro, deglutiendo con dificultad, obedeció al gesto con el que Robert Lark le señalaba unos cuadros en rimero. Tras ellos desapareció totalmente el dibujante.

Los pasos aplomados se iban acercando; crujían los escalones, que eran de madera en el último rellano.

Los pasos fueron oyéndose más próximos.

Por fin, entre temblores y sudores, oyó Piñeiro los golpes de nudillos resonando en la puerta.

Robert Lark abrió, cubriéndose con la puerta. Entró Abe Levin, ladeado el sombrero fieltro, ceñida la chaqueta deportiva, ancho el pantalón gris.

—Hola, Ju... ¡Bert Lark! —exclamó, demudado, al reconocer al que cerraba la puerta con las espaldas, manteniendo una mano entre la solapa y la camisa.

Los ojos verde-gris de Lark, su rictus, el acentuamiento de su mentón cuadrado, la postura de la mano...

Abe Levin saltó en esguinces rápidos, mientras su diestra, afanosamente, se proyectaba hacia su sobaco. Sus dedos tocaban ya la culata, cuando Bert Lark dijo:

—Quieta la mano, saltarán. Muévela y reza, si sabes.

Pero, frenético, Abe Levin juzgó ventajosa su cambiante y escurridiza velocidad, aunque maldijera de la buhardilla-estudio, sin más muebles que caballetes y tres camas turcas, bajísimas...

Retrocedió el codo a punto de sacar el arma, y entonces un silbido restalló, seguido de otro.

El primer impacto le astilló el codo, el segundo le penetró en el estómago... Giró sobre sus pies, taconeó, y por fin, cayendo de bruces, produjo un sordo ruido. Arañó el suelo con el brazo válido, y luego quedó exánime.

Jaime Piñeiro se levantó desde su escondrijo. Resaltaban sus cejas y bigote en la palidez marmórea del rostro.

Robert Lark asía una colcha, que arrojó en vuelo airoso sobre el cuerpo de Abe Levin.

—Salga a la calle después que la furgoneta se haya puesto en marcha, y vaya a la tienda, Jim. No es asunto suyo. Éste y los otros, son dibujantes a mi estilo. Con plomo. El estilo de usted no sirve allá.

—Pero ¿y el del volante? ¿Y cuando llegue allá? En la calle no es lo mismo que aquí. Hay policías por la calle...

—Había muchos más por las calles de Nueva York.

—El del volante le verá salir. Espere... Yo puedo llegarme hasta la furgoneta y preguntar al del volante cualquier cosa. Mientras, le cubro a usted la salida. Déjeme hacerlo. No hay peligro.

—De acuerdo. Después... espéreme por los alrededores de la tienda. Si tardo más de una hora, vaya preguntando a todos los tipos que vea si les gustan las corbatas azules. No me mire atontado. A mí la pólvora no se me sube a la cabeza. Si alguno de los forasteros le responde «Azul Prusia», diga rápidamente: «Pegando bocados».

—Como la corbata que usted lleva —rió, nerviosamente, Piñeiro.

—Eso es. Y después explíquele cuanto sabemos. Ande, eche a andar.

—Si no hay nadie a la vista, disparo al del volante.

—Aguantе los nervios, Jim. No dispares, porque en la calle el silenciador de nada sirve. Le verían la postura... Oiga: esta noche Van Lorn me dio doce de los grandes. Guárdemelos hasta que regrese. Mejor dicho, quédese con seis. Y si no vuelvo, los otros seis también para usted. Destine uno a comprar flores. Pero volveré, ¡vaya que sí!

—¡Vaya que sí, Bert! ¿Se me ve el miedo?

No. Parece usted borracho nada más. Ross Morton no es tan inteligente como para, fijarse detenidamente... Además, no le daré tiempo.

* * *

Ross Morton canturreaba entre dientes. No conocía a Bert Lark. Sólo de oídas. Nunca lo había tenido frente a él.

Miró hoscamente al individuo que, tambaleándose, se apoyaba en la portezuela.

—¿Qué pasa, amigo? —inquirió, secamente.

—Yo..., quisiera saber dónde está la calle... —empezó a decir Piñeiro, en portugués.

—Camine, condenado. Está usted borracho.

Jaime Piñeiro pensó en Irma Bluem. Su mano se agitaba nerviosa, cuando un empujón lo ladeó.

Bert Lark, en salto elástico, quedó en el interior de la cabina de la furgoneta, mientras su bolsillo izquierdo se apoyaba contra el flanco del sorprendido Morton, que no había tenido tiempo de ver más que una sombra penetrando y quedando, sentada a su lado.

—Arranca, Ross Morton. Las dos manos al volante, y quietud. Te taladro si me molestas.

La voz y el acento hicieron que, maquinalmente, Ross Morton obedeciera. Jaime Piñeiro quedó tambaleándose, mientras los guardabarros le rozaban al arrancar el coche.

—A Belem, Morton.

—¿Qué pasa, amigo? —dijo Morton, ya recuperado el dominio de sí mismo—. Usted iba ayer a la medianoche con el señor Van

Lorn.

—Ahora voy contigo. Pisa el acelerador, que vamos con demasiada lentitud.

—¿Abe Levin...?

—Se sintió gallito. Ya lo recogerá la policía. Contra ti nada tengo, Morton. Conduce con vista y... No mires más la llave inglesa a tus pies. Está tan lejos de tu alcance como tu otra herramienta. Te evitaré tentaciones suicidas.

Le quitó la pistola, que introdujo en su bolsillo.

—Yo..., usted se equivoca conmigo, amigo.

—Te tengo bien cogido, Morton. Ya sabes que en tu postura un mal movimiento te hace migas el hígado. Fíjate qué majestuoso es el uniformado que regula el tráfico. Será lo último que verás si... Bien hecho, Morton. Veo que eres un tipo listo. Me llevas a visitar a *Fraulein Erika*.

—¿Es usted de la... secreta de aquí? Yo nada tengo que...

—Cierra el pico, Morton. No estoy ya para conversaciones. Desde anoche no he parado de hablar, y me fatigo. Tienes buenos nervios, Morton. Es verdad que ya conducías camiones por las carreteras del Norte con carga de alcohol. Y seguramente tomarías algún vaso de leche en el parador «Trojan Horse». Bonita carretera ésta. Y poco transitada. Aquel poste dice «Belem 7». Siete kilómetros para llegar... Un sol espléndido...

—Usted es de Nueva York.

—Y tú serás fiambre si no te ocupas sólo del volante. Oye; cuando avistemos Belem no se te ocurra tocar para nada el claxon. Yo también estuve en camiones de bebida, y recuerdo que nos servíamos del claxon como lengua. «Belem 5»... Buen cacharro, Morton...

* * *

Glenda Douglas miró al recién entrado.

—Ya está todo, Poluski.

—¿A dónde fue el barón?

—No lo sé. Anoche le dejé acompañado de Robert Lark... ¡Ay!

Como tenazas, las manos de Ben Poluski se clavaron en los hombros de la sentada mujer, que, repentinamente asustada, chilló de nuevo.

—¿Qué has dicho? ¡Repite! ¿Qué has dicho?

—Suéltame, gorila. Me haces daño...

Levantó él las manos, y ella pestañeó al verle temblar.

—Pero ¿estás enfermo, Poluski?

—¿Robert Lark? —masculló Poluski, y se frotó las manos sudorosas, caído el labio inferior—. ¿Estás loca?

—Creo que tú lo estás. He dicho Lark, Robert Lark. Un guapo de ojos verde claro...

—¿Dónde está? Dime... Oye, yo necesito... ¿Dónde quedó?

—Pero ¿qué te sucede, gorila? Estás del color de los ojos de Bert Lark. Te he dicho que se quedó con el barón, y casi seguro que habrán ido al yate, porque la Flo era amiga de Lark. Pareces una fiera acorralada, Poluski. ¿Le debes algo a Lark? Si es así, me parece que tienes razón en escarbar el suelo. No creo que Lark sea un acreedor cómodo. A mí, me gusta...

Miró ella por el ventanal. Veíase el radiador de la furgoneta entrando por la abierta reja.

—Ahí vuelven.

Corrió él, ansioso de reunirse con sus tres pistoleros. Hacía tiempo daba por cierto que Lark había ya sucumbido en Nueva York...

Y fue cuando vio, agudizado su instinto del peligro, que el hombre que se sentaba junto a Morlón no era Levin.

Retrocedió corriendo, y en su alcoba registró afanoso un maletín, de donde extrajo un corto fusil-ametralladora.

Con el cañón en alto, se atrincheró tras un panzudo sillón. Pero miró en rededor, y la ventana le pareció que dibujaba la temible figura de Bert Lark.

Corrió de nuevo, entrando en tromba, en el cuarto donde Denis Carter, tendido y atado, le miró con asombro...

Ben Poluski se arrodilló tras los barrotes de la cama, aplicando el cañón del fusil-ametralladora sobre la almohada.

Se oyó un silbido. El mismo que había inquietado a *Fraulein* Erika.

«Un silenciador», pensó Denis Carter... No podía moverse... Maldijo sus brazos anquilosados en la camisa de fuerza, mientras oía casi en su nuca la anhelante respiración de Ben Poluski.



Otro en la barbilla de lado, lo lanzó contra la pared.

* * *

Roy Palmers se aproximó a la detenida furgoneta. Iba en mangas de camisa.

A diez metros vio que no era Levin el que estaba junto a Morton. La furgoneta arrancó, mientras, alcanzado en la cabeza por un

culatazo, Ross Morton quedaba apoyado en el volante, que ahora conducía Lark, pisando el acelerador...

Perseguido, Roy Palmers optó por tirarse cuan largo era entre unos parterres de rosas, buscando afanosamente algo con que defenderse.

Tuvo que saltar de nuevo, al divisar encima suyo el radiador de la furgoneta...

Chirriaron los frenos, y a la vez que la furgoneta se detenía junto al parterre, salía corriendo Bert Lark.

El silbido que detuvo para siempre la carrera de Roy Palmers, cuando alcanzaba los primeros peldaños de la casa, fue el que llamó la atención de *Fraulein* Erika.

Por encima del cuerpo de Palmers pasó en ágil salto, el que a toda velocidad entró como una exhalación en el vestíbulo.

Fraulein Erika retrocedió, mirando con fijeza al que, frenando el ímpetu, avanzaba hacia ella, pistola en mano...

Tanteó, encontrando la puerta del cuarto de baño entreabierta.

Cuando desaparecía dentro, cerrando, el pie de Lark se intercaló entre la jamba y la puerta, y el vigoroso empujón que dio... tuvo por eco un grito horrible, y al mismo tiempo el ruido de un cuerpo voluminoso chapuzándose...

Otro grito aún más horrendo rasgó el aire, mientras en la bañera *Fraulein* Erika, proyectada por el empujón a la puerta, intentaba en vano recuperar la postura vertical.

El ácido mordía con su peculiar olor...

Robert Lark se adhirió a la pared del corredor. «Glenda y Poluski... —Pensaba—. Glenda y Poluski».

Una puerta se movió, entreabriéndose, y Lark entró en el cuarto de baño, que despedía un nauseabundo olor donde se mezclaba el punzante hedor del ácido y una fetidez indefinible...

Saltó por la ventana al jardín, adhiriéndose a la pared. Iba mirando por los cristales enrejados, y de pronto se detuvo, con un escalofrío.

Estaba entre unos altos setos de corte inglés, y frente a una ventana enrejada. Veía a Ben Poluski de lado, arrodillado, apuntando hacia la puerta y hacia la ventana alternativamente.

En la casa aislada por parques y jardines, tableteó el ametrallador, agujereando los cristales donde se reproducía la

figura de Bert Lark.

Unas balas chocaron contra los barrotes, despidiendo chispas... De su bolsillo extrajo Lark, tendido en el suelo, un objeto pequeño, redondo. El objeto que tenía escrito encima: «Bert Poluski», grabado a punta de cuchillo.

Lo arrojó a través de los rotos cristales. Un estallido retumbante inundó de humo la habitación...

Denis Carter empezó a toser, a llorar y a ahogarse... Ben Poluski se puso en pie, sintiendo una quemazón aguda en las pestañas... Lloriqueando, corrió hacia la puerta, disparando a ciegas contra la ventana...

Bert Lark corrió hacia la ventana del cuarto de baño, por donde acababa de saltar.

Se tiró al suelo, y la ráfaga de la pistola empuñada por Glenda Douglas rasó el alféizar de la ventana.

Los tobillos, ceñidos por seda crujieron, y al impacto del choque recibido por la acometida de Bert Lark cayó Glenda de espaldas, disparando al techo.

Chocó su cabeza contra el canto de la bañera. Quedó desmadejada, inerte...

Ben Poluski, en el corredor, tosiendo, llorando, se frotaba con una mano los ojos, mientras dirigía a todos lados el humeante cañón del fusil-ametralladora.

Oyó un deslizarse, de pies. Disparó... A sus espaldas, con fruición, Bert Lark levantó el puño.

Alcanzado en la nuca, dobló Poluski una rodilla. Trató de volverse, y un puñetazo en la sien le hizo ladearse. Otro en la barbilla, de lado, lo lanzó contra la pared.

Arrodillado, Bert Lark abofeteó con saña el rostro de Poluski. Le arrancó la cadena de oro que cruzaba el chaleco. Las dos muñecas velludas de Poluski quedaron aprisionadas entre la doble vuelta de la cadena, que por un lado tenía un reloj y por el otro un dije.

Denis Carter se ahogaba. Su rostro, cubierto de lágrimas, se agitaba a espasmos de la tos producida por la lacrimógena.

Sintió los tirones en las mangas. Bert Lark, cubierta la boca por un pañuelo, gritó:

—¡Fuera! ¡Tome!

Entre las manos sintió Denis Carter el contacto del hierro

candente del cañón del fusil-ametralladora.

Arrastrándose, después de lanzarse de la cama, llegó hasta la puerta.

Tardó en ver. Sonrió, hormigueantes los brazos que iba subiendo y bajando para restablecer la circulación, al ver a Bert Lark arrastrando por el cuello de la chaqueta al desvanecido y esposado Ben Poluski.

—¡Asegure bien a Glenda en el cuarto de baño! ¡Llévela al camión! ¡De prisa!

El aire del extenso jardín reavivó a Denis Carter, que al hombro llevaba a Glenda Douglas.

Dirigióse a la furgoneta, y con la culata golpeó en la cabeza a Ross Morton, que en el volante se removía. Lo empujó con nuevo culatazo fuera del asiento.

En la parte posterior, Bert Lark tendía sobre un banco a Ben Poluski.

—Me llamo Denis Carter...

—Bien. Me envió Prescott. Por lo de los muñecos y Van Lorn. Yo me cuidaré del volante. Usted asegúrese de que Poluski y ella llegarán a destino. Un momento...

Corrió al interior. Fue mirando sala por sala. En una de ellas, el despacho, fue amontonando carpetas.

Cargado con ellas salió, para después tirarlas al interior de la furgoneta, donde Denis Carter iba sujetando a los dos prisioneros, amordazándolos.

—Cierre. Y no se mueva hasta que le avise, Carter...

Subió al volante. Describió un amplio viraje, y, embalando, tomó la recta de la alameda, saliendo al exterior.

Ya en la carretera, pisó a fondo el acelerador. En la mirilla, Denis Carter asomaba el rostro, frotándose los enrojecidos ojos. Hasta entonces sólo había visto masas, sin distinguir detalles.

—¡Pero si eres Bert! ¡«El Agresivo»! —aclamó, riendo.

—Veo que los efectos de la cebolleta ya han pasado. Allá te dan por suicidado en manos ajenas. ¿Por qué os llamarán Suicidas? Todo ha sido fácil... Demasiado fácil. Es como si un tipo que quiere subir al Himalaya, donde tantos otros se han despeñado, encuentra, de pronto, unos peldaños para llevarle cómodamente a la cumbre. Es natural que desconfíe... ¿No te parece, Denis?

—Queda aún Van Lorn, y llevármolo allá.

—Van Lorn lo tengo también empaquetado.

—Entonces, ¡ya está hecho! Te diré cómo. Bueno, primera te contaré lo que me pasó.

Y describió cuanto le había sucedido y los tratos recibidos. La furgoneta se acercaba a la capital.

—... y cuando estalló la lacrimógena, lloraba por fuerza riendo a gusto. Sabía que iba a terminar mi inactividad. Y ahora te explicaré lo primero que hice antes de buscar a Van Lorn. Me proporcioné un medio de transportarlo..., pero él me pudo.

Al cabo de unos minutos de explicarse, de pronto exclamó Carter:

—¡Tú! ¡Ésta es la calle de la tienda de Van Lorn!

—Exacto. Quédate donde estás. Yo tengo que hacer una compra. Cuando vuelva, me dirás dónde puedo comprar dos cosas más. Una cámara de cine, y un grabadiscos.

Chirriaron los frenos, y la furgoneta quedó arrimada a la acera, frente a la tienda de antigüedades.

CAPÍTULO X

La empleada portuguesa, totalmente ajena a los secretos negocios de Van Lorn, miró al cliente que entraba. Le conocía.

—Hola, Jaime. Hoy no ha venido Julio. ¿Lo buscas?

—Ya lo encontré. Estaba paseando, y me distraje mirando la trastienda. Hay muchos cajones.

—La camioneta los recogerá. Estás muy pálido.

—Una noche en vela. Cuando entré, venía hacia aquí la furgoneta. ¿Qué tal la venta?

—Hoy todavía no he estrenado. Bueno, los clientes suelen venir por las tardes o ya cercana la hora del almuerzo.

—Pues este cliente parece tener prisa.

Robert Lark entró. Dirigióse rectamente a la empleada.

—Anoche el señor Van Lorn me vendió una talla de San Cristóbal. La que estaba encajonada para el «Beremontain». Me han prestado la furgoneta para llevármela.

—Lo siento, señor —replicó ella, con comercial sonrisa—. Pero sin un recibo yo no puedo...

—¿Te da igual este recibo, monada? —dijo Piñeiro, enseñando la pistola—. No chilles. Hoy estoy de un nerviosismo muy subido. Yo me encargo de ella, Lark.

Robert Lark pasó a la trastienda, de donde salió llevando a hombros la larga caja que contenía a Van Lorn.

Mientras, el dibujante informaba a la empleada acerca del macabro negocio de Van Lorn, y ella, horrorizada, se desmayó asustada ya por la inesperada acción de verse encañonada por Piñeiro.

—Dele aire, Jim. Y deme los seis mil.

—Siempre prácticos estos americanos.

—Denuncie a la policía lo que ya sabe. Que vayan a Belem. Hágalo dentro de dos horas. Me bastarán.

—Les telefonearé desde Galicia —dijo el dibujante—. A mí, Lisboa se me antoja ya un hervidero de pistolas con silenciador. ¿No le volveré a ver, Lark?

Preguntó a la vez que ponía en el bolsillo de la americana de Lark los seis billetes de mil y abría la puerta.

Pero, ya en la calle, Robert Lark replicaba:

—Dele recuerdos a Flo Merrivale, y aplíquese lo mismo que a ella le digo. Somos de raza viajera, y el mundo es un pañuelo. Adiós.

Mantenía Denis Carter la puerta entreabierta, y ayudó a entrar el cajón. Cerró, mientras instalábase al volante Lark.

Cuando la furgoneta partió, Jaime Piñeiro volvió junto a la empleada, que en el asiento recuperaba el sentido.

—Pon el cartel de «cerrado por defunción». Y si me quieres hacer caso, vámonos muy lejos. Hay la «Gestapo» de por medio.

—¿La «Gestapo»? —gimió ella—. ¡Vámonos donde quieras, Jaime!

—Pitando. Iremos al balneario de La Toja, porque necesito reponer mi corazón. Desde ayer noche traquetea como un despertador barato.

—¿Quién era el que...?

—Me lo preguntarás en el tren. Y cuando estemos cerca de la frontera pondré en el buzón una carta a la policía. Ahora bastará con que les telefonee diciendo que vayan a Belem, a la casa de Van Lorn. Y nada más. Cuelga el cartelito, mientras.

—Pero ¿ha muerto Van Lorn?

—Todavía no. Pero es como si oliera ya a cadaverina. Telefonearé primero a Flo. El mundo es un pañuelo. ¡Vámonos! Estas figurillas tienen expresiones siniestras.

La pareja partió apresuradamente hacia, la estación de Caes do Sodré. Y hasta que no estuvieron en la frontera no sonrieron... Ella era huérfana, y era su primera aventura. Confiaba en el dibujante, pero, sobre todo, temía la sola mención del temible nombre: «Gestapo».

* * *

—Éste es el barco, Bert. Nos llevará a Gibraltar, donde encontraremos enlace.

Era un velero de pesca. Pero tenía unas cabinas cómodas, como pudo apreciar Robert Lark.

Denis Carter quedó custodiando a Van Lorn y Glenda Douglas, que, sólidamente atados, permanecían contra la pared de la cabina.

En otra cabina semejante, comprobó Lark la solidez de una argolla, de la que colgó la cuerda terminada en correas sobaqueras.

En el suelo, Ben Poluski, amordazado y maniatado, contemplaba con creciente temor aquellos preparativos.

Inclinóse Lark, arrancándole la mordaza. El velero se ponía en movimiento, mientras quedaba en la ribera la abandonada furgoneta.

Robert Lark había tenido tiempo de calmarse. No obstante, sus ojos reflejaban odio...

—Hazte cuenta que estas cuatro paredes son cuerdas. Y esto, un *ring*. Te quitaré las ligaduras, y la paliza que te propinaré será la primera de la serie. No te dejaré resollar hasta que no cantes, Poluski.

Ben Poluski, atraído por las solapas, y vuelto a lanzar hacia atrás, quedó sentado contra el tabique.

—Te llevo a los Estados Unidos, pero antes necesito que cantes lo que allá hiciste conmigo. Era algo increíble. Si lo hubiese contado, se habrían reído de mí. Y la muerte de Dolly no me causaba a mí la menor gracia. Ponte en pie, Ben Poluski.

Trabajosamente, ayudándose con la espalda, quedó Poluski en pie. Su facies brutal expresaba un miedo infrahumano...

—Yo diré lo que quieras. Pero no me...

—Lo que yo quiera, no. Lo que pasó.

Fugazmente, por la mente de Poluski pasó la idea de que luego siempre le cabía el recurso de invocar que empleó Lark la violencia para obligarle a escribir una declaración, si es que esto era lo que estaba tramando el que de brusco tirón le arrancó la cadena que unía sus muñecas.

Los bandazos del velero, aumentaron la verdosa palidez de Poluski.

—Habla, Poluski. Empieza, para refrescarme la memoria. Tony Carazzo era mi amigo, y se dedicaba a tu mismo negocio. Te molestaba, y sabiendo que Dolly me esperaba en el «Trojan Horse»... Anda, sigue.

—Yo... —Y el acobardado Poluski se pasó la lengua por los labios— yo le pegué dos balazos. Y le llevé a donde Dolly te esperaba.

—Sigue. No te voy a matar. Quiero que llegues enterito a la silla de las cosquillas.

—Le pegué un tiro a Dolly. Los puse juntos en el mismo diván. Y te esperé.

—Eso es. Y cuando yo llegué... Sigue, o...

—¡Te dije que los dos estaban haciéndose, el amor! Echaste mano a tu bolsillo, y como no tenías pistola... te coloqué la mía en la diestra.

—Eso es. La pistola que tenía ya tres balas menos. Dos en la cabeza de Tony Carazzo, cuyos artículos empezaban a molestarte, porque Tony andaba en tu negocio, para quitártelo. Sigue, Poluski.

—Nada más.

—Mucho más. Yo quedé atontado cuando me encontré frente a los dos, muertos. Y así me cogieron los policías que tú enviaste a buscar. Naturalmente, si hubiera yo explicado las cosas tal como pasaron, se hubiesen reído de mí. Yo era el novio de Dolly... Ponte en guardia, Ben Poluski. Voy a matarte a puñetazos.

En la cabina vecina, Denis Carter dejó de hacer rodar la manivela, y detuvo el giro del disco virgen que iba siendo grabado por el dictáfono colocado en la lucarna, de donde también retiró la cámara cinematográfica.

Resoplando, Ben Poluski, en el suelo, gimió:

—Basta, Lark, basta; por lo que más quieras...

—Era Dolly.

Arrodillado, recuperando respiración, Ben Poluski, rotas las cejas, y sangrante la nariz, abalanzóse de nuevo como un toro.

Sus embestidas no tuvieron mayor éxito. La agresividad de Bert Lark era más contundente que nunca, y Ben Poluski iba convirtiéndose en un guiñapo lamentable.

Cuando Bert Lark dejó de pegar, colgaba por los sobacos Ben Poluski. Vivía aún...

En la lucarna de comunicación entre las dos cabinas, Denis Carter comentó:

—Con el disco y el celuloide, todo queda claro para ti, Lark. Y no sabes cuánto me alegra. Déjale que vaya a la silla.

—La mancharía. Vigila tus dos palomos, Denis.

Acercóse Lark al colgante Poluski. Le alzó la cabeza de un seco puñetazo en la barbilla...

Y se quedó quieto, deteniendo el nuevo golpe que iba a propinarle. Acercó el oído al costado izquierdo... No oyó latido alguno.

Pasó al camarote vecino. Uno de los puñetazos de Ben Poluski le había alcanzado de lleno al corazón que había resonado metálicamente.

Extrajo la abollada pitillera perteneciente a Van Lorn, y Denis Carter arqueó una ceja. Acababa de ver los destellos de las miradas de Glenda Douglas y Van Lorn posándose en la pitillera que Lark sostenía entre las manos.

Denis Carter comprobó de nuevo las ligaduras de los dos prisioneros.

—¿Un poco de aire puro, Bert?

—Muy a gusto. Esta gente respira suciedad de alma.

En cubierta, abierto el compás de las piernas, acostumbrados ya al balanceo, dijo Lark:

—Lo tenemos todo, menos el sentido de los muñecos. Pero ya se encargará el jefe de averiguarlo, puesto que le llevamos al autor.

—¿Es tuya la pitillera?

—Era de Van Lorn. Me gustó.

—¿Me la dejas?

Los largos dedos de Carter fueron palpando el platino. Y, de pronto, extrajo de entre las dos hojas de la tapa una delgada hojilla.

La extendió.

—¡Toma muñecos...! —gritó, alegremente—. Descuartizados, pero ya está claro.

—No lo veo yo.

	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	L	M	N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	X	Y	Z
1	o	ø	e	e	e	ø	ø	ø	ø	ø	ø	ø	ø	ø	ø	ø	ø	ø	ø	ø	ø	ø	ø	ø	ø
2	/	/	\	\	\	\	\	\	\	\	\	\	\	\	\	\	\	\	\	\	\	\	\	\	\
3	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
4	.	.	.	.	.	.	.	.	.	.	.	.	.	.	.	.	.	.	.	.	.	.	.	.	.
5	^	^	^	^	^	^	^	^	^	^	^	^	^	^	^	^	^	^	^	^	^	^	^	^	^
6	~	~	~	~	~	~	~	~	~	~	~	~	~	~	~	~	~	~	~	~	~	~	~	~	~

—Dime una palabra cualquiera, Bert.

—Resucitado.

—Eso es. Resucitado... Pues voy escribiendo las letras de acuerdo con la disposición de los seis números, que representan, por orden, la cabecita del muñeco, el cuerpo, los brazos y las piernas. La letra «erre» la cojo de la primera línea de signos. La segunda

letra, «e», de la segunda fila, y así hasta la sexta letra de la palabra, que es la «i». Ya tengo un muñeco. Entonces sigo con la letra «t», que será la cabecita del segundo muñeco. Y así sucesivamente. Sencilísimo.

—Sencilísimo... como el huevo que puso en pie el que nos descubrió. Oye: ¿y los ingleses, cuando lleguemos...?

—No desembarcaremos. Vendrá el oficial de control. Le daré un mensaje cifrado para radiar al East River de Nueva York. No tardaremos en trasladarnos de este mismo casco a un avión. ¿Te espera alguien en Nueva York?

—Hasta hace poco, la silla eléctrica. Y una chiquilla llamada Nanette, que es preciosa. No me felicites, Denis. Todavía no tiene diez años. Y ganas tengo de verla, porque ésta juega con muñecos, pero muñecos de los de verdad.

EPÍLOGO

Los taladrones, ojos de acero de Gary Prescott contemplaron con afecto a Robert Lark, sentado ante él.

Acababan de beber una copa de «Martel», «el coñac de las grandes ocasiones».

—No hay para tanto, jefe. Si de tan fácil resultó hasta risible. ¿Suicidas de qué?

—No piensa lo mismo Carter. Tenga presente que por conocerla Flo Merrivale pudo usted entrar en contacto con Van Lorn sin despertarle sospechas. Además, su modestia, Lark, es orgullo apestoso. Bueno; ahora explíqueme: ¿por qué no quiso se publicara la verdad?

—No le devolvería la vida a Dolly. Me basta con que los peces gordos hayan visto la película y oído el disco. Es preferible que yo siga en buenas relaciones con el hampa. Puede servirle a usted.

—Lo celebro, Bert. Eso me demuestra que no piensa usted abandonarnos.

—Vi aquellos cuatro pobres seres narcotizados. Se libraron del baño corrosivo por milímetros. Yo no podía imaginarme que existieran esas cosas, y eso que he visto bastante jaleo. En fin, que quiero suicidarme a gusto. ¿A dónde voy ahora?

—Hay algo en México. Oro negro.

—¿Petróleo? Apesta también. ¿Cuándo me voy?

—Ya le mandaré aviso. Hola, Mabel.

Entraba su esposa, que tendió una caja a Lark.

—El fajín, campeón. Dice Carter que usted no debe apodarse «El Agresivo» tan sólo, sino «El Tanque»...

—No hubo combate.

—Van Lorn estaba embriagado por el sano perfume de Flo Merrivale, y eso le facilitó las cosas. A propósito. Un empresario mejicano ha cableografiado a Flo Merrivale, ofreciéndole un contrato

estupendo. Flo estará en Tampico cuando usted llegue.

—El mundo es un pañuelo. Bien; ¿puedo ir al sastre...?

* * *

En un estrecho y humilde piso del populoso Bowery, Nanette estaba meciendo el oso de peluche, muy desgastado a besos en el hocico.

Su madre estaba ausente en el trabajo. Tocaron en la puerta. Y fue ella a abrir.

—¡Oh, Bert! —sollozó la niña, dilatado el rostro en sonrisa beatífica. Pero de pronto, mientras él cerraba la puerta, ella chilló —: ¡Malo! Te estuve esperando para cenar, y no viniste.

—No pude.

—Dijiste que nunca faltabas a una cita con una dama, ¡mentiroso!

—Tuve que salir de viaje.

—¿Adónde, Bert?

—A buscar muñecos. Te traje uno.

Vio ella la monumental caja que escondía él tras la espalda. Y olvidó su rencorcillo para abismarse en grandes manifestaciones de alborozo al ver la muñeca... tan alta como ella.

—Dice «papá», llora y ríe..., y hasta creo que hay que cambiarle los pantalones. Bueno, ¿me abrazas o no?

Sentada ella encima de sus rodillas, dijo, al cabo de unos instantes de frenéticos abrazos:

—Huelo al jabón bueno, Bert.

—Un olor que me dilata las narices, borrando otros muy feos.

—¿Es que olía mal dónde fuiste?

—Ojalá lo que hoy están haciendo unos cuantos, te evite que cuando seas mayor tengas que... No me comprenderías, Nanette.

—¿A qué huelen tus cabellos, Bert?

—A petróleo. Es que me tengo que ir acostumbrando... Dicen que es cosa magnífica para el cabello.

* * *

Del periódico *O Noite*, de Lisboa:

«CADENA DE CRÍMENES MISTERIOSOS.

»Nuestra eficiente, rápida y preclara policía está sobre la pista de una serie de muertes violentas, cuyo misterio no tardará en ser descubierto. Todos los indicios hacen suponer que una organización de “gangsters” asaltó la casa de campo que en Belem posee el acaudalado y filantrópico barón Cornelius Van Lorn, que nos honra con su permanencia entre nosotros, aunque momentáneamente está ausente. Se creen relacionados con estos crímenes el descubrimiento en el estudio del pintor Julio Goynaz del cadáver de éste, así como de un extranjero. La policía trabaja activamente, y no tardará en ser apresada la banda culpable de estos graves sucesos. Mañana daremos más amplia información».

En entrefilete, al día siguiente, se publicaba:

«Prosiguen con el mayor secreto las pesquisas relacionadas con los tenebrosos sucesos sangrientos que ayer reseñábamos...».

Otros hechos reclamaron la atención de los periodistas, que, por otra parte, se estrellaban con un mutismo ceñudo en las comisarías, al preguntar sobre les crímenes de la finca de Belem.

La revista *Arte*, y *Hogar*, de Nueva York, publicó escuetamente:

«Ayer llegó a nuestra ciudad el conocido diletante Van Lorn, acompañado de su secretaria, después de larga ausencia».

Tanto los interrogatorios como la ejecución de Cornelius Van Lorn y Glenda Douglas, son documentos archivados en los cajones blindados del departamento técnico del «F. B. I.»

Pero fue unánime entre los poco sensibles funcionarios la repugnancia con que se comentó el horrendo tráfico al cual se dedicaba el anticuario, por cuya casa de Belem desfilaron muchos refugiados para perecer en el baño de ácidos.

Y resultó ya inservible la cifrada combinación de los muñecos-clave, mediante la cual Van Lorn comunicaba con la «Gestapo» en Holanda.

Los agentes de las potencias beligerantes pudieron continuar su benéfica labor de proporcionar la huida a los amenazados de muerte en las naciones ocupadas por los nazis.

* * *

Cuando Robert Lark salía del piso y bajaba las escaleras, una muchacha que subía se quedó palpitante...

Reclinada contra el pasamanos de la escalera, la mecanógrafa soñó que algún día se paseaba en lancha al claro de luna, en compañía de aquel esbelto atleta de sonrisa clara, tan distinta de la mueca siniestra y antipática de los bestiales jefes de oficina...

En la calle, un cuerpo duro se apoyó entre los hombros de Bert Lark. Pero no crispó las mandíbulas, porque había reconocido a Denis Carter.

—¿Cómo van las costillas, Denis?

—Soldadas. Todo repuesto. Esta carpeta para ti. Te vas a emparar de petróleo. Algo complicado, Bert, pero esta vez espero devolverte el favor.

—¿Qué favor?

—En Lisboa me salvaste la piel, y aunque nada te he dicho...

—Nunca estuve en Lisboa, amigo.

—Ya... Bueno, pues en Tampico sí estarás. Y yo, también.

—Y Flo Merrivale. El mundo es un pañuelo, Denis.

—Comentario original que me apuntaré para no olvidarlo. Adiós, Bert.

—Hasta la vista, Denis.

Desde su ventana, la soñadora mecanógrafa, al ver separarse a Bert Lark del que acababa de entregarle una carpeta, murmuró:

—Un hombre de negocios. ¡Quién fuera su secretaria...!

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi (1914-1982) es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los años setenta del siglo xx, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por

primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P. V. Debrigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.

Notas

[1] Prisión extremadamente vigilada, cerca de Nueva York, donde se ejecutan las sentencias de muerte. < <